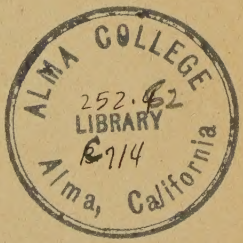
SERMONES VARIOS

POR EL

P. GONZALO COLOMA, S. J.

TOMO X

LAS SIETE PALABRAS



BILBAO
ADMÓN. DE «EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS»
1920

IMPRIMI POTEST:

VINCENTIUS LEZA, S. J.

PRAEP. PROV. CAST.

NIHIL OBSTAT:

REMIGIUS VILARIÑO, S. J.

IMPRIMATUR:

LEOPOLDUS

EPISCOPUS VICTORIENSIS.

Imp., Lit. y Enc. Viuda e Hijos de Grijelmo. — Arbolancha, 1

180 (4
4-5 257
5-6

SERMÓN PRIMERO

PRIMERA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt.—Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.—S. Lucas, 23-34.

¿Qué fin nos proponemos en estos tan fervorosos como solemnes cultos? Si queréis hallar la respuesta a esta pregunta, volved los ojos a ese altar.—¡Ahí está el Amor!—Ahí está el Amor, derramando sobre los hombres una lluvia de beneficios; porque amar es *querer bien,* un comunicar el amante sus propios bienes al amado.—Ahí está el Amor, deseando ser recibido por los hombres, para hacerse con ellos una misma cosa; porque amar es un darse a sí mismo el amante al amado, por una íntima unión de afectos entre las voluntades de ambos, hasta formar moralmente un mismo ser, como físicamente forman una misma corriente las aguas de dos ríos, cuando se juntan en un mismo cauce.—Ahí está el Amor sacrificado por los hombres; porque amar es un lanzarse la voluntad del amante a conquistar el corazón del amado, con tanto ímpetu, que si encuentra dificultades insuperables, obra ma-

ravillas para superarlas; si tropieza con ingratitudes, cierra los ojos para no verlas; si halla a la muerte atravesada en su camino, por encima de la muerte pasa, porque el amor es más poderoso que la muerte.--

¡Ahí está el Amor! —Y ese Amor tan pródigo en beneficios, tan deseoso de unirse a los hombres. tan pronto a sacrificarse para ganar sus corazones, ese Amor ¿qué recompensa recoge de esos mismos hombres, a quienes con sus beneficios enriquece, con su unión diviniza, con su sacrificio salva de la muerte eterna? - ¡Ay!, que podemos exclamar con S. Francisco de Asís: --¡el Amor no es amado!— sino que, entre la inmensa mayoría de los hombres, sólo halla o indiferentes o enemigos!—¿Y preguntamos aún qué fin se proponen estos cultos? - Estos cultos ni son, ni deben sér otra cosa que las voces de todos nuestros corazones unidas en una sola voz para decir, con todas veras, aquellas palabras también de S. Francisco de Asís — ¡amemos al Amor! — ¡amemos a Jesucristo! —

Y para inflamarnos en amor a Jesucristo, ¿hay algo tan eficaz como contemplarle clavado en la cruz? — ¡No sé - dice el Apóstol S. Pablo, y repito yo con toda mi alma—no sé, no quiero saber otra cosa, entre vosotros, que a Jesucristo, *et hunc crucifixum,* y a Jesucristo no como quiera, no haciendo milagros en la tierra, no reinando glorioso en el

cielo, sino a Jesucristo crucificado!—Y eso vamos a hacer estos días, contemplar a Jesucristo crucificado, considerando una por una las palabras que dijo desde la cruz; y veréis cómo, con la divina gracia, nos encendemos en su amor y concebimos vehementísimos deseos de desagraviarle por los pecados propios y por los pecados ajenos, precisamente en este adorable Sacramento de la Eucaristía; porque hallaremos sorprendentes semejanzas entre el monte Calvario, donde estuvo pendiente de la cruz, y ese altar, donde está oculto en el sagrario.—Y hoy, repitiendo el plan propuesto, vamos a considerar la primera palabra—¡Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen!...

I

¡No saben lo que hacen!... ¿Y a quienes defiende Jesucristo con estas palabras poderosas a detener el brazo de la divina justicia?... ¡Si parece mentira!... Defiende a los fariseos, a los pontífices, a los sabios de la ley, que, en la plaza pública de Jerusalén, le hirieron de muerte, *gladio linguae,* como les echa en cara S. Agustín, con la espada afiladísima de su lengua, gritando a Pilato—¡crucifícale! ¡crucifícale!—; y luego, en el Calvario, le rodearon según la expresión del profeta, como manada de toros bravíos, escarneciendo su dolorosísi-

ma agonía, con sarcasmos más amargos para su Corazón Divino, que amarga fué la hiel para sus fauces abrasadas por la sed.

¿Y esos hombres no saben lo que hacen?... ¿Pues qué? jactándose como se jactaban de penetrar los misterios de las Escrituras, de aquellas Escrituras todas ellas *gravidas Christi* preñadas de figuras y promesas referentes a Jesucristo, ¿cómo no veían surgir alrededor de la cruz las sombras de todos los profetas, atestiguando el cumplimiento de sus predicciones, inspiradas tantos siglos antes, por el Espíritu Santo, como reflejos precursores del sol de justicia, que había de levantarse sobre la cumbre del Calvario, para iluminar con inefables resplandores de vida, al género humano sumido por el pecado en espantosas tinieblas de muerte?

—*Dicite in gentibus!* canta David, señalando a Jesucristo pendiente de la cruz, coronado de espinas, envuelto en raudales de su propia sangre, como en un manto de púrpura ¡anunciad a las naciones que Dios reina ya desde el madero, como desde su trono de gloria! .. ¡Yo ví, yo ví, con luz profética, sus manos y sus pies atravesados por los clavos, sus huesos desencajados hasta poder contarse a través de la piel, su lengua abrasada por el vinagre!. . ¡y ahí está como yo le ví! *ecce Deus!* ¡ese es Dios! —

¡Yo le ví hundir el rostro en el polvo! —exclama

el profeta de las lamentaciones, mirando con ojos llorosos a Jesucristo ¡yo le ví presentar las mejillas a sus abofeteadores! yo le ví hartarse de oprobios! yo le ví ser arrastrado como oveja al matadero! —¡Y ahí está!... el polvo del huerto de las Olivas desfigura su rostro; huellas de bofetadas marcan sus mejillas; granizadas de blasfemias lastiman sus oídos; hiérenle los verdugos como el carnicero a la mansa oveja... ¡ahí está! como yo le ví! — *ecce Deus!* ese es Dios! —

¡Venid, vosotros los sedientos! —grita Isaías, el más sublime de los profetas, viendo brotar la sangre de Jesucristo por las llagas de los pies y de las manos—¡venid a beber, en las fuentes del Salvador, el agua que salta hasta la vida eterna! Los clavos han abierto esas fuentes, que han de correr hasta el fin de los siglos, para fecundar la tierra con frutos del cielo ¡Venid!... ¿por qué os detenéis? acaso no reconocen al Mesías prometido en ese ajusticiado herido de la mano de Dios, desfigurado como leproso, gusano y no hombre?... ¡Sí yo le ví así, cabalmente, porque, siendo como es la misma inocencia, quiso tomar sobre sus hombros el castigo de nuestras iniquidades y ser desmenuzado bajo su peso como el polvo de los caminos! y ahí está! como yo le ví!: *ecce Deus!* ese es Dios! —

Y a las voces del pasado encarnado en los profetas ¿no se unen para atestiguar la divinidad de

Jesucristo, las voces del presente encarnado en tantos infelices como recibieron de sus divinas manos remedios eficaces de todas sus miserias? – ¡Ese es Dios! · grita el paralítico de la piscina – ¡si me devolvió el uso de los miembros! — ¡Ese es Dios! – grita el ciego de nacimiento – ¡si abrió mis ojos a la luz del día! – ¡Ese es Dios! · grita Lázaro desde los umbrales del sepulcro. — Quien me arrancó de entre las garras de la muerte ¿qué puede ser sino la resurrección y la vida? —

Y esos fariseos, y esos pontífices, y esos sabios de la ley, voluntariamente sordos a las voces del pasado y a las voces del presente unidas para clamar con el acento inconfundible de la verdad — *¡ecce Deus!* — ¡ahí está Dios! ahí, colgado de ese leño! — ¿esos no saben lo que hacen, cuando, moviendo despreciativamente las cabezas, se dicen unos a otros – ¿no se llamaba a sí mismo Hijo de Dios?... ¡baje de la cruz y le creeremos!... ¡no puede!... ¡blasfemo es, y digno de morir como muere en un infame patíbulo? – ¿No saben lo que hacen?...

II

Pero ¿a qué admirarnos, si todavía es más inverosímil que Jesucristo, con estas sus palabras impregnadas en la infinita dulzura de su Corazón Divino, escude contra el rayo de la divina justicia, no

sólo a loa pecadores arremolinados entonces al pie de su cruz, *sicut apes,* como un enjambre de abejas irritadas, sino también a todos los pecadores de todas las generaciones, desde aquel primer hombre, que prendió el fuego del pecado en toda su descendencia, como quien arroja una brasa en un montón de ramas secas, hasta aquellos impíos descritos en el libro de Job, tan ciegos por la soberbia, que, cuando Dios, en el fin de los tiempos, sacuda el mundo para derribarlos en el infierno, como sacude el labrador un árbol para derribar en el suelo los frutos podridos, todavía gritarán – ¿y quién es Dios para que le sirvamos? - ¡ni Dios ni su Cristo reinarán sobre nosotros! – Y sin embargo, Jesucristo se ofrece, por toda esa muchedumbre innumerable de pecadores, como hostia eterna; y esos mismos ojos, con los cuales, desde la cruz, como desde una atalaya levantada *in medio annorum,* en medio del oleaje de los siglos, divisa clara y distintamente a todos los pecadores de todos los tiempos, esos mismos ojos los vuelve a su Padre celestial, para decirle ¡perdónalos! ¡todos esos infelices no saben lo que hacen!...

III

Pero ¿es posible?... ¡No saben lo que hacen esos hombres esclavizados al dinero, que, según la sen-

cilla cuanto expresiva frase del salmo, trituran entre los incansables dientes de sus fraudes y de sus usuras a los desamparados, a los menesterosos, a los jornaleros, *tanquam cibum panis,* como si fuesen pan; porque así como buscan en el pan *cibum quotidianum,* el alimento de cada día para el hambre del cuerpo; así buscan en la sustancia del pobre el alimento de cada día para el hambre de su codicia?... ¿No saben lo que hacen esos hombres hostigados por la ambición, cuya garganta se compara en el mismo salmo *sepulchrum patens,* a un sepulcro abierto, porque de ella exhalan, como vaho de muerte, mentiras sacrílegas, con las cuales matan en los sencillos y en los ignorantes, la esperanza del cielo y el temor del infierno, para convertirlos como los convierten, de rebaño de ovejas apacentadas por el mismo Dios, en jauría de perros hambrientos, a quienes azuzan para ojear en provecho propio la caza de honores lucrativos, sin que, a luego de empinarse y enriquecerse, se acuerden de arrojarles ni siquiera una miserable piltrafa?... ¿No saben lo que hacen esos hombres ocupados, como dice la Escritura, en retozar por los prados de la lujuria, porque, con los ojos de la carne, aún reforzados por las lentes de los microscopios, no alcanzan a ver su cuerpo como una lámpara de barro, donde arde la centella divina del alma, sino únicamente como un montón de moléculas engarzadas

hoy por el hilo de la vida, desparramadas mañana al soplo de la muerte; por donde deducen, como los oía S. Pablo, que han de apresurarse a disfrutar hoy de las criaturas, *cras enim moriemur,* porque mañana... mañana moriremos, y las rosas que no deshojemos hoy, no podremos deshojarlas mañana?... Y todos esos hombres, y tantos otros como hay, empedernidos en sus iniquidades, témpanos de hielo infusibles al fuego de la gracia, montes de soberbia, como los llama el profeta, que se yerguen sobre la tierra para desafiar los rayos del cielo, todos esos hombres, ¿no saben lo que hacen?..

IV

¿Cómo justificar estas palabras desmentidas por los mismos pecadores, los cuales, al quebrantar como quebrantan, con tanto descaro, los mandamientos divinos, parecen responder, a gritos, a Jesucristo —¡te engañas! ¡sabemos muy bien lo que hacemos!?—Para explicar el misterio incomprensible de esas palabras, no hay otro camino sino suponer a los hombres ciegos con la más profunda de las cegueras —Y así es.— ¿Pues qué! nublarse la luz de la razón, con los transportes de la locura, hasta llamar día a la noche, y noche al día; oro al plomo, y plomo al oro, flores a las espinas y espinas a las

flores, ¿no es verdadera y propiamente perder el hombre los ojos del alma?...

Pues oid una terrible frase del real profeta—*Supercecidit ignis et non viderunt solem;* luz cayó sobre los ojos de los pecadores, y desde entonces ¡no ven el sol!—¿Habéis reparado alguna vez cómo se deslumbran los ojos con el repentino centellear de un relámpago?—No ven los ojos; pero ¿por qué no ven?—Porque, conservando como conservan sacudidos sus nervios por la violenta embestida de aquella luz, donde quiera que se vuelven no perciben sino oscuridad cortada bruscamente por aquel mismo relampagueo persistente, vibrante, vertiginoso; de manera que si los ojos pudieran responder a esta pregunta—¿por qué no véis sino tinieblas?—dirían- ¡porque no vemos sino la luz del relámpago!—Respuesta a primera vista, absurda ¿no es verdad? ¡Estoy en tinieblas, porque no veo más que luz!... Y sin embargo certísima es esta respuesta en el orden físico; más cierta todavía en el orden moral.—

-- ¡No ven los pecadores el sol! -- dice el real profeta.— *Quem solem?*—pregunta S. Agustín -- ¿qué sol es ese? acaso el sol, cuyos resplandores ven como tú, y aún mejor que tú, las fieras de los bosques, las aves del cielo, y aun los insectos de la tierra? No; si quieres saber qué sol es ese, oye los lamentos de los réprobos, en el día terrible de la

justicia: —*Ergo erravimus!* exclaman al hundirse en el infierno, cumo se hunde una paja en un remolino de agua—¡luego miserablemente nos engañamos!—¿Y por qué se engañaron? *Sol intelligentiae non est ortus nobis!* Porque no amaneció para nosotros el sol de la inteligencia, el sol que pone, ante los ojos del alma, la diferencia entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre el camino del cielo y el camino del infierno.—¡Ese, ese es el sol que no ven los pecadores!—¿Y por qué no le ven? *Supercecidit ignis!*—Porque la luz del relámpago les deslumbró los ojos del alma.—Y deslumbrados ya no ven más que la luz del relámpago, y fuera de la luz del relámpago no ven sino tinieblas. ¿Y qué luz del relámpago es esa, dice S. Agustín, luz de tempestad, luz sombría, luz enloquecedora, sino el relampaguear de la soberbia, el relampaguear de la codicia, el relampaguear de la ira, el relampaguear de la lujuria, el relampaguear de todas las pasiones? *Supercecidit ignis!*—cayó sobre los ojos de los pecadores la luz del relámpago, y ya no ven el sol! —

V

¿Pues qué? esos mismos, que ahora, arrastrados por ésta o por aquella pasión, viven entre las tinieblas del pecado, esos mismos ¿no veían en otro

tiempo, tan claro como la luz del sol, que comprar honores a costa de intrigas, de bajezas, de apostasías, es comerciar con la conciencia? ¿no veían que apoderarse de la hacienda ajena con fraudes disfrazados bajo el especioso nombre de negocios es saltear en poblado? ¿no veían que murmurar de nuestros prójimos, arrojando en medio del arroyo sus miserias ocultas, ya en venganza de injurias recibidas, ya simplemente por el prurito de manchar, propio de la envidia, es asesinar honras por la espalda? ¿no veían que desbocarse por los caminos del vicio, atropellando la castidad, el pudor y la vergüenza, es apostárselas con los animales inmundos a ver quién levanta más fango en el fango? en fin, ¿no veían que exponerse a un eterno padecer en el infierno, por un momentáneo gozar en la tierra, es loquear tan estúpidamente, como quien se resolviese a beber todas las amargas aguas del mar, hasta dejarle en seco, a trueque de recoger una piedrezuela escondida en sus cenagosas profundidades? — ¡Veían entonces el sol esos que hoy viven entre las tinieblas del pecado, el sol del Cielo, el sol de la verdad, el sol de justicia entronizado por encima de los mismos cielos! Pero cayó sobre los ojos de su alma el relámpago de la soberbia, y ya no ven sino el relumbrar de sus oropeles y de sus lentejuelas; cayó sobre los ojos de su alma el relámpago de la codicia, y ya no ven sino el amarillear del oro;

cayó sobre los ojos de su alma el relámpago de la ira, y ya no ven sino el centellear de venganzas y de rencores; cayó sobre los ojos de su alma el relámpago de la lujuria, y ya no ven sino el llamear de bestiales deseos! Donde quiera que vuelven los ojos, no ven sino obscuridad iluminada o por ese relumbrar de la soberbia, o por ese amarillear de la codicia, o por ese centellear de la ira, o por ese llamear de la lujuria; de manera que si les preguntáis — ¿por qué comerciáis con vuestra conciencia? ¿por qué salteáis en poblado? ¿por qué asesináis honras por la espalda? ¿por qué os las apostáis con los animales inmundos? ¿por qué, a trueque de gustar una gota de miel, os condenáis a beber eternamente el cáliz de la ira divina, ese cáliz, más hondo, más amargo, más inagotable que la plenitud de los mares? ¿por qué, en suma, no véis sino tinieblas, vosotros los que antes veíais el sol? ¿por qué? — os responderán - porque no vemos sino el relampaguear de nuestras pasiones; y fuera del relampaguear de nuestras pasiones, oscuridad profunda!...

Y entre esa oscuridad profunda, al día de la vida cristiana iluminado por los resplandores de la gracia le llaman noche lúgubre, triste, sombreada de vanos temores; y a la noche de la vida mundana, caos tenebroso de errores, hervidero cenagoso de pecados, borrasca incesante de brutales concupiscencias, la llaman día esplendoroso de la cultura,

del orden y de la justicia; al oro de las virtudes, precio señalado por Dios para comprar los goces del cielo, le menosprecian como si fuese plomo, porque no sirve para acuñar moneda con qué comprar los goces de la tierra; y al plomo de los vicios a cuyo peso se hunden en un abismo de iniquidades rayano con el abismo de dolores eternos le aprecian como si fuese oro, porque es moneda corriente para negociar placeres y honores y riquezas en los mercados del mundo; a las flores de los deleites espirituales, cuya raíz es amar a Dios más que a las criaturas las consideran como si fuesen espinas; y a las espinas de los deleites carnales, cuya raíz es amar a las criaturas más que a Dios las consideran como si fuesen flores.

VI

Ceguera es esta tan grande que arrancaba a San Agustín estas enérgicas palabras: —Pero, desventurado ¿cómo eres tan loco que plantas en tu corazón la semilla de la zarza, diciéndote estúpidamente— ¡suave es esta semilla al tacto! no punza a quien la manosea!?—*Lenes sunt!* sí; suave es el tacto - *et radices spinarum!* - pero de esa semilla brotarán espinas que te atraviesen de parte a parte el alma! — ¡Ay, cuando das entrada en tu corazón al amor ilícito de una criatura, al amor de los deleites car-

nales, al amor de los bienes ajenos, al amor de injustas venganzas ¿qué haces sino plantar en tu corazón la semilla de la zarza?—No me digas—si la acaricio, y es tan suave como la lana del cordero recién nacido! – ¡no me digas eso; *quo pungêris, inde nascitur,* – de la semilla de ese amor ilícito, surgirán duras, rígidas, agudas, innumerables espinas que te destrozarán el alma, espinas de zozobras, espinas de desengaños, espinas de hastíos, espinas de temores ante la proximidad de la muerte, a cuyas espaldas avanza la eternidad como el caer de una noche tormentosa. Pero si yo no siento zozobras, ni lloro desengaños, ni desmayo con hastíos, ni me acongojo con temores de la vida futura; sino, antes bien, vivo tranquilo, alegre, dichoso, sin más afanes que gozar de la vida presente!...—¿Y qué?... *Nondum produxit spinas rhamnus* Porque todavía la semilla de la zarza duerme en tu corazón, ¿presumes que no es fecunda en espinas?... Pero, ¡loco que tú eres! Como tú, hablaba aquel rico de la parábola Evangélica, vestido de espiéndida púrpura, ahito de sabrosos manjares, entregado a los deleites de la carne, afanado en construir trajes para sus cosechas; como tú, acariciaba la semilla de la zarza plantada en su corazón, y se decía—*mollis et pulchra est!* ¡suave y hermosa es! cómo desatinan cuantos temen que de tan suave y hermosa semilla han de brotar espinas!. .—¡Y brotaron las espinas!...

¿Cuándo?... ¡Oye a Jesucristo!—*mortuus est dives!* y murió el rico, y fué sepultado en el infierno, y alzando desesperadamente los ojos, pedía en vano alivio a sus dolores gritando—*crucior in hac flamma!* ¡atormentado soy por estas llamas!—¡Mira, mira las espinas que brotaron de aquella tan suave y hermosa semilla! míralas clavadas eternamente, desgarrando eternamente su cuerpo, desgarrando eternamente su alma!—

VII

Pues decidme ahora: ¿es ya de admirar que Jesucristo, viendo desde la cruz a los pecadores de todas las épocas cegados hasta enloquecer, por el relampaguear de las pasiones, se mueva a misericordia, y alce los ojos a su Padre celestial y le diga con infinita ternura—¡perdónalos, porque no saben lo que hacen!?—*Medicus patiebatur phreneticum!* exclama S. Agustín oyendo estas palabras de Jesucristo subir al cielo, entre el vocerío insultante de sus verdugos ¡el médico divino sufría pacientemente los atroces desmanes del calenturiento! Porque aquel pueblo, delirante con la calentura frenética del pecado, calentura de odio, calentura de blasfemia, calentura de sangre, se revolvía en su delirio contra el médico que bajó del cielo para de-

volverle la salud, y le clavaba en la cruz, y se deleitaba en sus heridas, y se ensañaba en su honra, y anhelaba su muerte; y el médico divino *patiebatur phreneticum,* sufría pacientemente las frenéticas embestidas del calenturiento; ni sólo las sufría pacientemente, sino que las excusaba, echando sobre su culpa el velo de su infinita misericordia.—Si están ciegos ¿cómo han de ver?—si están locos ¿cómo han de entender? -¡Perdónalos, Padre! ábreles los ojos del alma, para que sepan lo que hacen, y entonces... entonces, se arrepentirán, y serán hijos tuyos y hermanos míos, los que hoy son mis verdugos!

¿Y sabéis qué hace Jesucristo, ahora, oculto en ese sagrario bajo las especies sacramentales?—¡Pues lo mismo que en el Calvario! sufrir pacientemente los sacrílegos atropellos de hombres ciegos, de hombres locos, de hombres delirantes con la calentura de las pasiones; ni sólo sufrirlos pacientemente, sino escusarlos ante el tribunal de su Padre, repitiendo esa su divina plegaria, que no es otra cosa sino el perfume de su Corazón Divino abrasado en amor a los hombres, como el incienso se quema en las brasas. -¡Perdónalos, porque no saben lo que hacen!

VIII

¿Pues qué! acaso ese altar no es un nuevo Calvario?... Aquí dentro, en torno del altar, unas pocas almas que lloran sobre el desamparo de Jesucristo Sacramentado, como, en el Calvario, unas pocas mujeres lloraban en torno de la cruz, sobre los dolores de Jesucristo agonizante. Y fuera de aquí, en el mundo ¿no hierve una muchedumbre inmensa de impíos soberbios, de pecadores obstinados, de indiferentes fríos como el hielo, *inimicos crucis Christi,* enemigos todos ellos de la cruz de Jesucristo, que gritan como gritaban allá en el Calvario, los fariseos, el populacho y la soldadesca – ¡no queremos por rey a ese hombre! ¡no queremos obedecer sus leyes!... su cielo ni le deseamos; su infierno no le tememos; porque el cielo y el infierno están aquí en la tierra! gozar como los ricos, eso es el cielo! padecer como los pobres, eso es el infierno!?... Si es Hijo de Dios, salga de ese sagrario, y desmiéntanos, y castíguenos, y abrásenos con sus rayos!... ¡No es Hijo de Dios!... ¿no véis cómo calla!?...

¡No, no calla!... ¡Ay de esos miserables si callase, porque entonces la ira de Dios los arrastraría a la perdición eterna, como el viento arrastra el polvo de los caminos!... ¡No, no calla!... Ahí, desde

ese sagrario, mirando a esos desventurados con ojos de infinita misericordia, dice – ¡si están ciegos, ¿cómo han de ver? si están locos, ¿cómo han de entender?... ¡no saben lo que hacen! Padre, por la sangre que derramé en la cruz, ábreles los ojos del alma, para que sepan lo que hacen, y se arrepientan y te amen como hijos, los que hoy te aborrecen como enemigos!—

Y nosotros, los que nos reunimos al pie de ese altar, para desagraviar a Jesucristo herido en su Corazón Divino por la loca ingratitud de los hombres, ¿qué hemos de hacer sino unir a su voz, nuestras voces, pidiendo misericordia para los pecadores? - ¡Padre—hemos de decir con todas las veras del alma—Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!... ¿Y qué no podremos esperar de la bondad infinita de Dios?... *Percutientes pectora sua* —dice el Evangelista que volvían a Jerusalén, después de la muerte de Jesucristo, muchos de los que escarnecieron su agonía golpeándose los pechos, en señal de arrepentimiento, como para castigarlos por ser guarida de corazones tan duros.—Y esas manos, con que se golpeaban los pechos, eran las mismas que se alzaron en la plaza pública de Jerusalén, para esforzar con el gesto aquella palabra de muerte ¡crucifícale!; - las mismas quizá que empuñaron los martillos, y afianzaron los clavos para atravesar el Cuerpo Santísimo de Jesucristo.

¿Por qué, pues, mirar como imposible la conversión de los pecadores; aunque sus pecados sean muchos más que los cabellos de la cabeza, aunque sean enormes, más que la mole de las montañas, aunque arrastren al alma hacia el infierno con más ímpetu que la resaca sorbe la arena de la playa?... Unamos nuestras voces a la voz de Jesucristo, pidiendo perdón para esos infelices... ¿y quién sabe?... Grande, muy grande es la malicia de los hombres, que abre a la impenitencia las puertas del infierno; pero mayor, infinitamente mayor es la misericordia de Dios, que abre al arrepentimiento las puertas del cielo. Así sea.

SERMÓN SEGUNDO

SEGUNDA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

Amen dico tibi, hodie mecum eris in paradiso.—En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso.—S. Lucas, 23-43.

Grande es la malicia de los hombres, que abre a la impenitencia las puertas del infierno; pero mayor, infinitamente mayor es la misericordia de Dios, que abre al arrepentimiento las puertas del cielo. Así concluíamos ayer para animarnos a esperar del Corazón Divino la conversión de los pecadores, por numerosos, y enormes e inveterados que sus pecados sean.

¿Y dónde resplandece tanto esta verdad consoladora como en el brevísimo diálogo sostenido entre el Justo por excelencia y el pecador arrepentido, entre el Cordero sin mancha y el lobo harto de sangre y de rapiña, entre Jesucristo condenado a muerte para expiar las iniquidades ajenas y el ladrón condenado a muerte para expiar las iniquidades propias? – *Domine, memento mei, quum veneris in regnum tuum!*—exclama el ladrón, con aquella humildad tan alabada por Jesucristo, porque aguar-

da paciente y resignada los favores divinos, como los perrillos aguardan las migajas que caen de la mesa de sus dueños. -¡Señor, acuérdate de mí, cuando estuvieres en tu reino! - *Amen dico tibi, hodie eris mecum in paradiso* —le responde Jesucristo desde la cruz, como un rey desde su trono, promete mercedes y palmas y coronas a los valerosos soldados que, en su servicio, riñeron batallas, derramaron su sangre y alcanzaron gloriosa victoria. —¡En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso! —

¡Promesa inverosímil de puro misericordiosa!— *Hodie!* hoy, desde la cruz al cielo! *hodie,* hoy aquel facineroso, oprobio de los hombres, hez de las cárceles, carbón del infierno a medio consumir, hoy sube a gozar con Jesucristo en el paraíso, ciñe su frente con la corona de la gloria, reclina la cabeza en el seno de Dios, por eternidad de eternidades.—

¿Y cómo pudo ser—preguntan los Santos Padres admirados ante tan completa y repentina y prodigiosa mudanza—cómo pudo ser que el lobo se convirtiera en cordero, el salteador en evangelista, el hielo frío y duro en cera derretida por las llamas, el guijarro despreciable de los caminos en margarita preciosa digna de ser engarzada en la corona del Rey inmortal de los siglos?... Provechosísimo es considerar los pasos, por donde el ladrón subió desde el muladar de sus pecados hasta parearse

con los príncipes del cielo; porque la historia de su conversión es la historia de muchas conversiones pasadas, quizá la historia de la nuestra, si después de haber pecado fuimos tan dichosos que abrimos los ojos a la luz de la gracia; es la historia de muchas conversiones futuras, quizá la historia de la nuestra, si después de haber pecado, somos tan desdichados que aun vivimos entre las tinieblas de la culpa y del endurecimiento de la conciencia.

I

¿Por dónde principió la conversión maravillosa del salteador crucificado a la derecha de Jesucristo sino por un favor de la misericordia divina tan absolutamente necesario, que, sin presuponerle, toda conversión es tan imposible como retroceder naturalmente los ríos en su carrera? - *Eduxit me de lacu miseriae et de luto faecis* — pudo decir el dichoso ladrón arrepentido de sus latrocinios, como dijo el rey profeta arrepentido de su adulterio, como dicen todos los pecadores arrepentidos de su mala vida. — ¡La mano de la misericordia divina vino a buscarme!... ¿Y a dónde? — Al pozo profundísimo de mis miserías, al lodazal cenagoso de mis concupiscencias carnales, al caos tenebroso de mis errores!... ¡Ahí buscó al ladrón la mano de la misericordia divina!... Porque decidme si no son propias esas

imágenes de la Escritura, para significar la vida anterior de aquel desventurado, vida llagada por las pasiones desordenadas, miserias repugnantes del alma, como son miserias repugnantes del cuerpo el cáncer y la lepra; vida arrastrada por el fango de la concupiscencia, como rueda por los muladares un andrajo; vida cerrada a la luz de la razón, de la justicia y del orden para dañar a los prójimos en sus haciendas y en sus personas, como las nubes tempestuosas se cierran a la luz del sol, para forjar en sus entrañas el rayo instrumento de asolación y de muerte.

¿Y qué otra cosa es la vida de todos los pecadores, sino ese pozo de miserias y ese lodazal de concupiscencias, y ese caos de tinieblas; si a poco que entren dentro de sí mismos guiados por la luz de la conciencia, palparán las miserias de su alma, a no ser que se empeñen en considerar sus pasiones desordenadas como otras tantas virtudes, llamando celo de justicia a la envidia, entereza de carácter a la ira, previsión de la prudencia a la codicia; palparán las inmundicias de sus concupiscencias, a no ser que se empeñen en considerar el cieno como agua de rosas, llamando exuberancia de vida a los escarceos propios de las bestias, ardor juvenil de la sangre a la fiebre de la impureza, ternura de corazón a los instintos brutales de la carne; palparán las tinieblas de sus errores tanto teóricos

como prácticos, a no ser que se empeñen en considerar las sombras como luz, llamando dictámenes de la razón a los caprichos de su fantasía, ley de indiscutible justicia al triunfo de sus propios intereses, sobre todos los intereses ajenos; clave necesaria de orden a tener por bajo de su propia voluntad a todos, por encima a nadie?

II

Y al ladrón afortunado del Calvario y a todos los pecadores de todos los tiempos ¿quién sino la mano de la divina misericordia puede sacarles de ese pozo donde voluntariamente se arrojaron, de ese lodazal donde voluntariamente se hundieron, de ese caos donde voluntariamente se abismaron para ser aquellos astros errantes, destinados, según el Apóstol S. Tadeo, a perderse en la tempestad eterna de las tinieblas?... ¿Levantarse el hombre, por sus propias fuerzas naturales, desde las profundidades del pecado hasta las alturas de la gracia?.. ¡Imposible!... Puede caer; levantarse no puede.

¿Y por qué ha de admirarnos esta impotencia?... ¿Pues qué! decidme ¿no puede el hombre, abusando de su libertad, quitarse a sí mismo la vida?—Sí que puede.—Pero, en rompiéndose que se rompe el lazo de unión entre el alma y el cuerpo ¿puede el cuerpo

llorar lágrimas, y extender las manos y articular palabras para suplicar a Dios que le devuelva el alma? —Imposible.—¿Y por qué?—Porque ese llorar lágrimas, ese extender las manos, ese articular palabras, siendo como son actos vitales, presuponen al alma unida ya al cuerpo, como principio de vida natural, puesto que el alma es la fuerza motriz del cuerpo, la que llora con los ojos, gesticula con las manos y articula palabras con la lengua.

Alma del alma es la gracia; quiero decir, que así como el alma da la vida natural al cuerpo, la capacidad de mover los miembros, de contraer y dilatar los nervios, de percibir, con los sentidos, los objetos materiales; así la gracia da la vida sobrenatural al alma, la capacidad de conocer a Jesucristo, y de amarle, y de seguirle por los caminos de la virtud hasta el reino de los cielos.—Puede el hombre, abusando de su libertad, quitar a su propia alma la vida de la gracia.—¿Cómo?—Un solo pecado grave basta para arrancar del alma la gracia, como una sola puñalada en el corazón basta para arrancar del cuerpo el alma.—Pero, roto el lazo de unión entre la gracia y el alma ¿puede el alma llorar, suspirar y clamar a Dios, para recobrar la gracia?—Imposible. —¿Y por qué?— Porque ese llorar, y ese suspirar, y ese clamar, siendo como son actos sobrenaturales, es decir, como otros tantos pasos dados en el camino del cielo para llegar a la corona

de la gloria, presuponen ya a la gracia infundida, de algún modo, en el alma, como principio de vida sobrenatural; puesto que la gracia es la fuerza motriz del alma, la que unida a sus potencias, crea a Dios con la fe, se apoya en Dios con la esperanza, se une a Dios con la caridad, desagravia a Dios con la penitencia.

Nunca hubiera salido del sepulcro Lázaro, si Jesucristo señor de la vida y de la muerte no le hubiera dicho —*veni foras!* — sal fuera! — palabra divina a cuyo imperio, el alma se unió al cuerpo difunto de cuatro días, y Lázaro recobró la vida. Nunca jamás el alma del pecador saldrá de ese sepulcro, que la historia llama pozo y lodazal y caos, si Jesucristo movido a misericordia no le dijera *veni foras!* sal fuera! - palabra divina, a cuyo imperio, la gracia se une al alma difunta quizá de muchos años; y el alma vivificada por la gracia se levanta, desde las honduras de aquel pozo de miserias, a respirar las auras saludables del cielo; sacude de su vestidura el cieno recogido en el lodazal de las concupiscencias, y sobreponiéndose al caos de tinieblas esparcidas en el mundo, abre los ojos a la admirable luz del sol de justicia Jesucristo.

Y esta palabra divina —*veni foras!* — sal fuera! - la oyó el ladrón del Calvario, con los oídos del alma, y en oyéndola, respondió—*Ecce ego!* - ¡aquí estoy! - Señor, ¿qué me quieres?... ¡Ay, cuántas veces re-

suena en los oídos de nuestra alma esa misma palabra, y no respondemos!... ¿Pues qué? no oímos distintamente, en lo más íntimo de la conciencia, voces misteriosas, que unas veces nos amenazan—¡ay de tí, si la muerte te coge en ese miserable estado!—otras nos alientan—¡no temas! Dios te aguarda en el tribunal de la penitencia, para darte el beso de paz! ¿no ha de perdonarte, si es tu Padre?—otras nos entristecen con una saludable tristeza—¿qué fruto sacas de tus pecados, sino desengaños y remordimientos y amarguras?—¡si es muy malo ser malo!... todas esas voces son la voz de Jesucristo, que apiadado de nosotros, nos dice—*veni foras!*—sal fuera del sepulcro de tus pecados! ven a recostarte en mi Corazón, como el niño se recuesta en el seno de su madre! ven!... ¡Y no respondemos!... ¡Y Jesucristo no se cansa de llamarnos!...¡ y nosotros no nos cansamos de desoir a Jesucristo!... ¡Así es Jesucristo!... ¡Y así somos nosotros!...

III

Y luego que el ladrón oye esa divina voz, y responde *ecce ego!* - ¡aquí estoy!—abre los ojos del alma, y entiende un nuevo favor de la misericordia divina, misterio oculto a los ojos de la carne, misterio que pudo expresar con estas otras palabras de David *statuit supra petram pedes meos!*—¡el Se-

ñor aseguró mis pies en la piedra?—¿Y sabéis qué piedra es ésta en la que el Señor aseguró los pies del ladrón, para que no se deslizasen de nuevo, por el resbaladero de las iniquidades? – ¡Esa piedra es la cruz! esa misma cruz, donde el ladrón agoniza entre indecibles dolores!

Porque el ladrón, cuando tenía los pies libres ¿qué hacía sino correr por los senderos de la maldad, alejándose cada vez más del cielo, acercándose cada vez más al infierno? – Y se creía dichoso, porque se movía a su capricho, sin temer ni a Dios, ni a los hombres, sino diciéndose a sí mismo – ¡mía es la tierra que piso, y no me faltará nunca!—Pues si tener el ladrón los pies libres era para precipitarse, con desatinada carrera, en su perdición eterna ¿qué había de hacer la misericordia divina, para asegurarle la salvación eterna, sino clavarle los pies en la cruz?... ¡Ahí está seguro! ahí no puede huir de Dios!... Porque, decidme ¿qué suerte hubiera corrido el ladrón, si la misericordia divina, no le hubiera clavado en la cruz, al lado de Jesucristo?... ¿Quién sabe?... Quizá hubiera muerto violentamente en medio de un camino, con las armas en la mano, la ira en el corazón, y la blasfemia en los labios; quizá hubiera muerto pacíficamente rodeado de riquezas mal adquiridas, como aquellos poderosos, de quienes dice Job, que brillan como el relámpago entre la abundancia de bienes; y en un ins-

tante, desaparecen como el relámpago, entre las sombras del sepulcro; pero siempre, en uno y en otro caso, el ladrón hubiera caído, al golpe de la muerte, en las llamas del infierno. Pero—¡si tú eres miserable, yo soy misericordioso!—dice Dios a ese desventurado—*et ideo attraxi te*—y por eso, te arrastraré desde el borde del infierno a donde corres, hasta las alturas del cielo, de donde huyes!—¿Y cómo?—¡Arrastrándote a la cruz!—

Acercáos al ladrón, cuando siguiendo a Jesucristo, camina hacia el Calvario, y preguntadle—¿a dónde vas?... ¿a dónde?—os responderá convulso, desesperado, frenético de impotente ira ¡a la muerte! ¡ya para mí se acabó la tierra!—¡Loco que no sabes a dónde vas!—diría entretanto el Angel de su guarda, sonriendo con inefable gozo—¡vas con el buen Pastor! tú no oyes, pero yo sí oigo los latidos misericordiosos de su Corazón Divino angustiado, porque tu alma, como oveja perdida, se despeña en el derrumbadero del infierno! ¡esos latidos te salvan!... ¡loco que no sabes a dónde vas! te horrorizas porque vas a la muerte, cuando debieras regocijarte porque vas a la verdadera vida!... ¡se acaba para tí la tierra, pero empieza el cielo!. .

¿No véis una como lucha entablada entre la misericordia inagotable de Dios, y la malicia estúpida del hombre? Pecar es huir de Dios el hombre, y esconderse de su amorosa mirada entre los verge-

les floridos hoy, marchitos mañana de los bienes terrestres; ni más ni menos que el primero de todos los pecadores huyó de Dios, y se escondió entre los árboles del paraíso —*Abscondit se!*—Malicia estúpida; porque siendo como es Dios la fuente de toda vida ¿qué será huir y esconderse de Dios, sino arrojarse estúpidamente en un abismo de muerte?— Pero Dios, en su misericordia inagotable, busca al hombre, y le sorprende, y le arranca de entre aquellos vergeles donde se escondía, y para que otra vez no huya ni se esconda, le clava en la cruz!— *Statuit supra petram pedes meos!*— El Señor aseguró sus pies en la piedra!—

IV

Y decidme ¿no es ésta la historia de muchas conversiones pasadas y futuras?... Quizá preguntes como quien pide cuentas a la divina providencia — ¿por qué Dios me clava en esta cruz de escaseces rayanas con la miseria, o en esta cruz de amarguísimas humillaciones, o en esta cruz de molestísimas enfermedades? — Y yo a mi vez te pregunto ¿no hubo quizá un tiempo en que tus pies se deslizaban por el ancho camino de las concupiscencias?—¡Y qué dichoso te estimabas entonces!... ¡tanto cuanto ahora te estimas desgraciado!... ¿quién entonces

como tú, libre para correr a donde quiera que sonase una voz agradable al oído de las pasiones? — Y sonaba la voz del dinero, a cuyo metal, despierta la codicia y extiende espontáneamente las manos; y hacia allá corrías, atropellando quizás los derechos ajenos, sorteando los obstáculos de las leyes humanas, saltando por encima de las leyes divinas; porque ¿qué se puede sin dinero? y con dinero ¿qué no se puede?... Y sonaba la voz de la soberbia, a cuyo conjuro, toman cuerpo los sueños de ambición más disparatados, y hacia allá corrías; arrojando quizá para aligerar el paso la carga de las creencias religiosas, las trabas del respeto a la honra de tus competidores, los escrúpulos de engañar y envenenar las inteligencias y los corazones del pueblo candoroso e ignorante como los niños; porque ¿acaso eras tú menos que tantos otros como se han encaramado a los más altos puestos, sin más méritos que una flexibilidad de conciencia incomparablemente más fructuosa que la flexibilidad de miembros de los saltimbanquis?—Y sonaba la voz de los placeres, a cuyo halago hierve la sangre en las venas como hierve el mosto en los toneles; y hacia allá corrías, dejando quizás como rastros de tu paso, azucenas de pureza pisoteadas, honras hundidas para siempre en el fango, desengaños, remordimientos, quizá condenación eterna de muchas almas; porque lo que tú decías ¿para qué son la sa-

lud y las fuerzas corporales sino es para recoger las flores de los placeres? a qué hablarme de luchas entre las aspiraciones del espíritu y las aspiraciones de la carne? ¡peor para el espíritu! ¿por qué se arriesga a luchar con armas desiguales? – El espíritu promete bienes futuros; la carne brinda bienes presentes. ¿Quién por un futuro incierto renuncia a un presente que se ve, que se toca, que embriaga, que enloquece? ¡Peor para el espíritu!

Pedes eorum ad malum currunt! ¡Verdaderamente que, como dice el profeta, tus pies corrían al mal! y corrían no sólo al mal de *culpa,* es decir, a ofender a la misericordia divina caminando de pecado en pecado, sino también al mal de *pena,* es decir, a recibir de la justicia divina el castigo eterno de tus iniquidades. – *Abscondit se.* – Huías y te escondías de Dios, internándote cada vez más por los senderos del vicio, tan anchos, tan floridos, tan llanos en sus principios, pero cortados repentinamente por la negra boca del infierno. –

¿Y preguntas todavía porque Dios te clava en la cruz de las tribulaciones? - Pero ¿no ves que eso es apiadarse de tí la misericordia divina, y buscarte en los escondrijos del pecado, y sujetarte esos pies tan libres, para que no corran a tu perdición eterna? – ¿Pues qué? cuando abundabas en bienes de fortuna ¿veías tan claro como ahora, desde la cruz de la pobreza que el dinero lo puede todo, menos

dar al alma la paz de la conciencia, bien infinitamente superior a todas las riquezas del mundo; puesto que las riquezas del mundo nos desamparan en la hora de la muerte, mientras que la paz de la conciencia nos mulle la sepultura, para que caigamos en su seno, como en un lecho de flores?—Cuando vivías respetado y aun temido en la cumbre de los honores ¿veías tan claro como ahora, desde la cruz de las humillaciones, que toda gloria es como el relámpago, una luz instantánea, y luego la oscuridad del olvido, cuando no el desprecio de aquellos mismos que saludaron aquel pasajero centelleo, como si fuera el resplandor majestuoso del sol del mediodía?—Cuando abusabas de la salud y de las fuerzas físicas. para entregarte sin freno a los instintos de la carne ¿veías tan claro como ahora, desde la cruz de las enfermadades que los placeres ilícitos son miel en los sentidos, hiel en la conciencia, fuego en el corazón, locura bestial en el cerebro?—Huías y te escondías de Dios .. ¡y te perdías! y Dios, para salvarte, te clava en la cruz. Ya no puedes huir; ya no puedes esconderte... ¡Ahí estás, al lado de Jesucristo que te mira con ojos de misericordia, aguardando que le pidas, como el ladrón, el reino de los cielos.

V

Immisit in os meum canticum novum!—Porque Dios coronó sus misericordias con el ladrón, poniéndole en los labios un cántico nuevo.—Antes—dice S. Agustín—cuando sus pies corrían libremente por los caminos del mal, entonaba a los falsos dioses de su corazón, a las riquezas, a los honores, a los placeres, un cántico de amor profano, el cántico del hombre envejecido en el pecado; ahora, cuando sus pies están asegurados en la cruz, entona al verdadero Dios, un cántico de amor divino, el cántico del hombre renovado por la gracia, cántico donde suavísimamente conciertan sus voces la fe, la esperanza y la caridad.

¿No oís la voz robusta, valiente, incontrastable de la fe?... ¡Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino!—que es como decir—aunque mueres en esa cruz, yo sé que eres Rey inmortal del cielo y de la tierra, cuyo reino dura por los siglos de los siglos!—Cuando estuvieres en ese tu reino, acuérdate de mí! —*Aliud vidit, aliud credidit!* Una cosa veo, otra cosa creo! Veo una corona de espinas horadar tu frente; creo que esa frente ciñe la corona eterna de la gloria! —Veo palidecer tu rostro con la tristeza del desamparo; creo que tu rostro es la alegría inefable del cielo!—Veo que,

en cuanto hombre, mueres en los brazos de la cruz, entre los escarnios de tus enemigos; creo que, en cuanto Dios, vives eternamente en los brazos de tu Padre, entre las adoraciones de los Angeles!... *aliud vidit, aliud credidit!* una cosa veo, otra cosa creo!...

Y concertada con la voz de esta fe tan poderosa ¿no oís la voz alada de la esperanza, despreciando los bienes de la tierra, suspirando por los bienes del cielo? No pide el ladrón a Jesucristo ni ser desclavado de la cruz, ni ser aliviado en sus dolores, ni ser arrancado de entre las garras de la muerte; sino únicamente le dice—¡acuérdate de mí, cuando estuvieres en tu reino! que acordarte tú de mí será salvarme yo; porque si llevas en tu Corazón mi nombre ¿cómo he de perderme, si tu Corazón es el libro de la vida?... ¡La tierra! ¿para qué la quiero, si acordándote tú de mí, tengo asegurado el cielo?...

Pues y la voz ardorosa de la caridad ¿no la oís sobreponiéndose a las voces de la fe y de la esperanza? – Porque, como discurre delicadamente San Ambrosio, confesar el ladrón la inocencia inmaculada de Jesucristo, como la confesó por aquellas palabras—¡ese no ha hecho mal alguno!—¿qué era sino decir desde el fondo de su alma a Jesucristo crucificado –¡Señor, si padeces, si estás herido, si mueres, no es por tus pecados, sino por los míos!? Llagadas están tus manos más limpias que la luz de

las estrellas, porque mis manos se contaminaron con el fango de la tierra! Llagados están tus pies, que anduvieron siempre por los caminos de la paz; porque mis pies se atropellaron por los caminos de la guerra a Dios y a mis prójimos!... ¡No, no mereces tú esas heridas, sino las merezco yo; pero tú quieres recibirlas por mí, porque me amas a mí, que soy el desecho de los hombres!... ¡Ámete yo, amor mío, y muérame luego contigo, para seguirte a donde quiera que vayas, gritándote *memento mei!* —¡acuérdate de mí!...—*Immisit in os meum canticum novum!*—Puso el Señor en los labios del ladrón un cántico nuevo, cántico sublime de fe, de esperanza y de caridad!...

VI

¡Oh, si nosotros entonáramos ese mismo cántico nuevo! si creyéramos firmísimamente que Jesucristo desamparado, perseguido e insultado hoy en ese altar, como lo fué ayer en el Calvario; ayer y hoy y siempre es Rey y Señor y Dios, poderoso para levantar a los humildes hasta el cielo y derrocar a los soberbios hasta los abismos; si esperáramos de Jesucristo no sólo bienes materiales caedizos más que las hojas de los árboles, sino también bienes espirituales sólidos más que los cimientos de los montes, sin incurrir, como incurren tantos, en el

lastimoso engaño de insistir con más ahinco en aquella petición: — el pan nuestro de cada día dánosle hoy — que en aquella otra infinitamente más necesaria —¡venga a nos el tu reino! —; si amáramos a Jesucristo, conociendo que si está así, en la cruz, herido y desangrado y moribundo, no es porque haya hecho mal alguno, sino por que se ofreció, por amor nuestro, a cargar con el peso incomportable de nuestros pecados; — entonces sí que le diríamos, con la misma humilde confianza que el ladrón — ¡Señor, acuérdate de mí! — y oiríamos de sus divinos labios estas palabras, prenda segura de la bienaventuranza eterna: — ¡Hoy, estarás conmigo en el paraíso! —

¡Hoy!... porque ¿qué es la vida, por larga que sea, sino un brevísimo día?... ¡Hoy, con Jesucristo en el árbol de la cruz, en la cruz de la pobreza, en la cruz de las humillaciones, en la cruz de las enfermedades; hoy, sangrando por mil heridas del alma abiertas por el aguijón de los desengaños, por las persecuciones de nuestros enemigos, por la inconstancia de nuestros amigos!... ¡Hoy, con Jesucristo, en el árbol de la cruz! Pero, hoy también, con Jesucristo, a la sombra del árbol de la vida en el paraíso, donde la semilla de los dolores fructifica imperecederas alegrías, donde las lágrimas se cambian en la sonrisa perenne de la bienaventuranza, donde la muerte se ahoga en oleadas eternas de

vida!... ¡Hoy, padecer resignadamente en la tierra! ¡Hoy, recoger el premio de nuestra resignación en el cielo!... ¡Hoy, árbol de la cruz! hoy, árbol de la vida! .. ¿Y cómo no, si el árbol de la cruz, y el árbol de la vida, no son dos árboles distintos, sino que el árbol de la cruz es el árbol de la vida, cruz pasajera en la tierra, vida inmortal en el cielo?... Así sea.—

SERMÓN TERCERO

TERCERA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

Mulier, ecce filius tuus.—Ecce Mater tua.—¡Mujer, he ahí a tu hijo. -He ahí a tu madre!—S. Juan, 19, 26 y 27.

Refieren los sagrados Evangelistas que aquella mujer, primero oveja descarriada, después oveja tan enamorada de su Pastor, que le siguió hasta por las asperezas del Calvario, la Magdalena, queriendo mostrar, en alguna manera, a Jesucristo su agradecimiento por haberla traído a su rebaño, vertió sobre su cabeza un preciosísimo bálsamo elaborado con la flor del nardo; y luego, para que no quedase ni una gota siquiera sin derramarse en honor de su Maestro, quebró el vaso de alabastro, donde el bálsamo se contenía -y entonces—dice el Evangelio: —toda la casa llenóse de un suavísimo perfume.—

¿Y qué hizo Magdalena sino simbolizar materialmente lo mismo que, durante su vida mortal, hizo espiritualmente Jesucristo? —Vaso purísimo de alabastro fabricado por las mismas manos de Dios es el Corazón Divino, vaso de alabastro, desde donde el amor de Jesucristo a los hombres derramó, como bálsamo de celestial aroma, palabras de perdón

para los pecadores, palabras de enseñanza para los ignorantes, palabras de consuelo para los afligidos, palabras de salud para los enfermos, palabras de vida para los muertos.—Pero, cuando ese purísimo vaso de alabastro se quebró en el Calvario, al golpe de la muerte, entonces se derramaron las últimas y más preciosas gotas de aquel su bálsamo de amor a los hombres —*et domus impleta est ex odore unguenti*—y esparcióse por toda la tierra su suavísimo perfume.—

Estas últimas y más preciosas gotas son aquellas divinas palabras.—Y dijo a su Madre:—¡Mujer, ese es tu hijo!— palabras, por las cuales, Jesucristo eleva a la dignidad de hijos de María a todos los hombres, como quiera que, según enseña el glorioso Pontífice León XIII, inspirándose en el perpetuo sentir de la Iglesia, Jesucristo en el Evangelista San Juan —*designavit personam humani generis* significó a todo el género humano.—¿Y a qué rincón de la tierra no llega el suavísimo perfume de estas palabras, impregnando los corazones en fe, en esperanza y en amor, si en ningún rincón de la tierra, por escondido que sea, faltan almas que invoquen a María, así en las prosperidades como en las adversidades de la vida, llamándola *¡Madre!?*—Y si la llaman Madre, es porque hasta ellas ha llegado el perfume de aquellas palabras ¡Mujer, ese es tu hijo!—

Vamos a considerar hoy cómo María es Madre de los hombres, para que nos inflamemos más y más en el amor a Jesucristo, que cuando ya no tuvo nada que darnos, porque nos había dado su vida, todavía pudo y quiso coronar sus inefables dones, dándonos su bien más precioso, dándonos su propia Madre.

I

—Ser hijos de María, según la gracia!... Ahí tenéis el título de donde se deriva toda nuestra salvación; así como el título de donde arranca toda nuestra perdición es ser hijos de Eva, según la naturaleza humana.—

Volved los ojos al paraíso, y junto al árbol, a cuya sombra, cayó el hombre, triunfó el demonio, y la justicia de Dios puso en las manos de la muerte la guadaña, veréis a Eva inclinar la frente bajo el peso de la maldición divina, sintiendo, por vez primera, los ojos escaldados por el llanto, agitado el corazón por temores, desgarrada por remordimientos el alma...—Alza los ojos la infeliz mujer, y entre las nieblas del futuro, divisa, numerosos como las hojas secas que arranca de los árboles el viento del otoño, a cuantos hombres han de sucederse unos a otros en la tierra hasta el fin de los tiempos. Los oye sollozar en la cuna; lanzar ayes de dolor, al

herirse con las espinas sembradas en los caminos de la vida; jadear con el estertor de la agonía al hundirse en la sepultura. -Los ve enloquecer con los vértigos de la soberbia hasta negar al Dios del cielo y erigirse a sí mismos en dioses de la tierra; embrutecerse con los ardores de la carne hasta emular los instintos salvajes de las fieras de los bosques; mirarse unos a otros, como los lobos miran con ojos encendidos en rabia a los corderos, como los corderos miran con ojos atónitos de espanto a los lobos; precipitarse en el infierno manchados con todo género de iniquidades, como las aguas de los torrentes enturbiadas por el fango, se precipitan en el seno amargo de los mares...—¡Mujer, esos son tus hijos!... le dice sarcásticamente el mismo espíritu infernal que la sedujo con engañosas promesas - ¡míralos a todos heridos de muerte por mi ponzoña!... Y Eva cierra los ojos para no ver, se tapa los oídos para no oir; porque imagina que cuantos hombres han de nacer de su seno como de tierra maldita, la miran indignados y señalándola con las manos la acusan ante Dios gritando: —*Mulier, quam dedisti mihi, dedit de ligno!*—La mujer que nos diste por madre en el paraíso nos envenenó con el fruto del árbol... *et perii!* y perecimos!... - ¡Desventurada me llamarán todas las generaciones! —responde Eva a estas acusadoras palabras—¡soy la madre de los muertos!—

II

Volved ahora los ojos al Calvario; y junto al árbol de la cruz, a cuya sombra, levántase el hombre, desespérase vencido el demonio, y espántase la muerte, sintiendo embotados los filos de su guadaña; veréis a María erguir la frente preservada del sello de la culpa, por la bendición divina, inundados en lágrimas los purísimos ojos, sumergido el Corazón Inmaculado en oleadas de amargura, atravesada por una espada de dolor el alma... Alza los ojos, y entre las tinieblas del futuro, divisa a cuantos justos han de sucederse unos a otros en la tierra, como, al soplo de la primavera, se renuevan, cada año, las flores de los campos. Los oye renunciar a Satanás, al mundo y a sus vanidades, cuando renacen en las aguas del Bautismo; pedir que se cumpla la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo, cuando beben el amargo cáliz de las tribulaciones de esta vida; decirse a sí mismos, entre transportes de alegría, cuando sienten los pasos de la muerte —*in domum Domini ibimus!*— ¡ya es hora de subir a las moradas eternas! Los ve humillarse en la presencia de Dios obedientes a sus mandatos, como las ovejas acuden a donde el silbido del pastor las llama; forcejear por desprenderse de entre los halagos de la carne, como aletean los pájaros

para despegarse de la liga; sostener los fuertes a los débiles, socorrer los ricos a los pobres, consolar los dichosos a los tristes, como los miembros sanos del cuerpo curan, defienden y regalan a los miembros enfermos; remontarse al cielo, según la expresión del profeta, como bandadas de palomas que al caer de la tarde vuelven a los palomares... —¡Mujer, esos son tus hijos!—le dice desde la cruz Jesucristo—¡míralos a todos vueltos a la vida, con mi sangre!... Y María alaba las grandezas de la misericordia divina, porque ve, con espíritu profético, que cuantos justos han de renacer por la muerte de su Unigénito Hijo, en la sucesión de los siglos, la miran con ojos amorosos, y volviéndose luego a Dios le bendicen diciendo—*Mulier, quam dedisti mihi, dedit de ligno!*—¡La Mujer, que nos diste por Madre en el Calvario, nos ofreció el fruto del árbol—*in ipso vivificasti me*—y por la virtud de ese fruto, vivimos la verdadera vida!... ¡Bienaventurada me llamarán todas las generaciones!—responde María, oyendo estas magníficas alabanzas—¡soy la madre de los verdaderos vivientes!—

Aquí, en este sublime paralelo, dibujado amorosamente por innumerables Santos Padres, entre Eva y María, entre la mujer seducida por la serpiente, y la mujer saludada por el Angel, entre la escala por donde subió desde el infierno la muerte, y la escala por donde bajó desde el cielo la vida; tenéis,

por una parte explicado, en su verdadero sentido el título de *Madre de los hombres* concedido por Dios a María, y por otra indicada la firmísima razón teológica donde descansa este título tan glorioso para María y tan consolador para los hombres.—María es nuestra Madre, porque dándonos como nos dió a Jesucristo fruto bendito de sus purísimas entrañas, nos dió la vida de la gracia.—Profundicemos en este pensamiento, analizando cada uno de sus términos.—

III

¿Qué es ser madre la mujer?—Físicamente, dar la vida, en sus entrañas, a un hombre; moralmente, amar a este hombre fruto de sus entrañas, con un amor indefinible, porque no tiene igual entre todos los amores capaces de anidar en corazón humano. —¿Pues qué? no está dicho todo cuanto puede decirse en punto a amar de veras, con solo decir *amor de madre?*—

Y ahora os pregunto: ¿acaso en el hombre no hay más vida que este abrir y cerrar de ojos, abrirlos al nacer, cerrarlos al morir, entre cuyo brevísimo intervalo, apenas si tenemos tiempo para ver un cielo que se nubla, un sol que se pone, unas flores que se marchitan, unas grandezas que se derrumban, unas hermosuras que envejecen, unos hombres que

van y vienen y pasan como las olas?... ¡Eso no es vida!... La verdadera vida del hombre es la vida de la gracia.—

Y entendedlo bien, porque solamente así penetraremos hasta la raíz del título *Madre de los hombres,* que verdaderamente damos a María—la gracia no es un nombre sin cosa, quiero decir no es una pura ficción del entendimiento sin existencia real, como es una pura ficción del entendimiento sin existencia real el punto matemático, es decir, algo material sin dimensiones, puesto que materia sin dimensiones o radicales o actuales ni existe, ni puede existir en la naturaleza.—No; la gracia es un ser espiritual, real y verdadero, plantado por el mismo Dios en el alma, por un modo espiritual, como por un modo material se planta un ingerto en un árbol; ser espiritual real y verdadero, que es verdadera vida del alma. Porque decidme, creer, esperar y amar ¿no son manifestaciones de vida tan verdaderas como ver con los ojos, oir con los oídos, tocar con las manos?—Pues si el alma es verdadera vida del cuerpo, porque le da verdadera capacidad para ver, para oir, para tocar; la gracia que da al alma verdadera capacidad para creer a Dios, para esperar en Dios, para amar a Dios, y para merecer, creyendo, esperando y amando, la eterna bienaventuranza, la gracia ¿qué será sino verdadera vida del alma?...

¿Y cómo se comunica al alma la gracia?—Escuchadme atentamente—¿No véis cómo el manantial comunica sus aguas a los diversos arroyos, en los cuales se reparte y desparrama; por manera que, interrumpida por cualquier obstáculo la unión de los arroyos con el manantial, se secan los arroyos?—Y si la vida de los arroyos es el agua, ¿no podremos decir con entera verdad que el manantial es la vida de los arroyos, puesto que si los arroyos viven, cada uno con su propia agua, es porque la reciben del manantial toda ella hasta la más mínima gota?—O en otros términos, ¿no podremos decir con entera verdad que manantial y arroyos no son cosas distintas; sino que el manantial vive en todos y en cada uno de los arroyos?...

Pues del propio modo que el manantial comunica real y verdaderamente a los arroyos el agua; así Jesucristo comunica real y verdaderamente a las almas la gracia; por manera que interrumpida, por el pecado, la unión entre las almas y Jesucristo, se seca la gracia en las almas.—Y como la vida de las almas es la gracia, podemos decir con entera verdad, que Jesucristo es la vida de las almas; puesto que si las almas viven, cada una con su propia gracia, es porque la reciben de Jesucristo toda ella, hasta el más mínimo grado, ni más ni menos que si los arroyos viven, cada uno con su propia agua, es porque la reciben del manantial toda ella hasta la

más mínima gota.—O en otros términos, podemos decir con entera verdad que Jesucristo y las almas, aunque se distinguen entre sí, en cuanto a la vida natural; sin embargo, en cuanto a la vida sobrenatural de la gracia, no son cosas distintas, sino que Jesucristo vive en todas y en cada una de las almas, como el manantial vive en todos y en cada uno de los arroyos.—

Pero ¿no véis ya cómo María es real y verdaderamente Madre de los hombres; porque ser Madre es dar la vida; y María real y verdaderamente da a los hombres la vida de la gracia?—Jesucristo es la vida de la gracia, en cuanto que es el manantial de donde se deriva la vida de la gracia en las almas; María nos da a Jesucristo; luego María nos da la vida de la gracia.—*Mulier, quam dedist mihi, dedit de ligno*--La Mujer, que la divina misericordia nos dió por Madre en el Calvario, nos dió el fruto bendito de sus entrañas; y por eso, precisamente, es nuestra Madre; porque dándonos ese fruto, nos dió la verdadera vida de la gracia.—¡Madre de los verdaderos vivientes es María!

IV

Y si es Madre porque nos da la vida; Madre es también, porque nos ama con amor de madre.—

Aquel nobilísimo ingenio de los primeros siglos de la Iglesia, el sapientísimo Orígenes escribe unas palabras que, a primera vista, parecen una sutileza piadosa, cuando son, en realidad, como veréis, una verdad sublime. Escuchadlas.—Reparad que Jesucristo, cuando desde la cruz habla a María, no dice —*Hic est etiam filius tum.*—Ese, el discípulo amado, es *también* tu hijo, como yo lo soy—sino que dice sencillamente - ¡ese es tu hijo! - que es como decir—puesto que tú no tienes otro hijo que yo, y yo te digo que ese es tu hijo, has de entender que *ese es yo;* ni más ni menos que si te dijera—*hic est Jesus quem genuisti!*—ese es el Jesús que concebiste en tus entrañas.—Y atended a la sublime sencillez de la razón alegada por Orígenes, en prueba de su aserto.—¿Pues qué? ¿no sabemos que el alma justa, en cuanto a la vida de la gracia, no es ella la que vive—*sed in ipsa vivit Christus*—sino que vive en ella Jesucristo?—que es expresar con palabras del Apóstol S. Pablo la misma verdad que antes expresábamos por estas palabras: - Jesucristo y el alma, en cuanto a la vida de la gracia, no son dos cosas distintas, sino que Jesucristo vive en el alma, tan real y verdaderamente como el manantial vive en los arroyos.

¿Pues no hemos de creer que María nos ama con amor inefable de madre, si nos ama, ni más ni menos que si viera en cada uno de nosotros a su ver-

dadero Hijo?—Y a su verdadero Hijo ¿qué amor tan tierno, tan encendido, tan sacrificado no le tuvo María?—Preguntemos al mismo Jesucristo.—¿Quién enjugó tus lágrimas, cuando, lastimado por el frío de la noche, llorabas en el establo? —María. —¿Quién veló contigo, cuando tú velabas en el Huerto de las Olivas pidiendo a tu Padre que apartase de tus labios el cáliz de los dolores, de las afrentas y de la muerte?—María.—¿Quién salió a tu encuentro, en la calle de la Amargura, para partir contigo la ignominia de la cruz?—María —¿Quién se consumió de angustia en el Calvario, porque no podía ni aliviar el dolor de tus heridas, ni apagar el ardor de tu sed, ni cerrar tus ojos faltos ya de la luz de la vida? —María.—¿Y por qué María te dió tantas, tan constantes y tan generosas muestras de amor? —Porque yo soy el Jesús que concibió en sus entrañas.

¿Pues por qué no hemos de acudir a María, en todos los azares de la vida, diciéndola con todas las veras del corazón —¿no ves que lloro lágrimas lastimado por el frío del desamparo y perdido en la noche de las tribulaciones?... ¡enjúgalas!—¿no ves que siento bascas de muerte en el alma, gustando el cáliz de la miseria, o de las enfermedades, o de la deshonra?... ¡apártale de mis labios!—¿no ves que vacilo y tropiezo y caigo abrumado por la cruz de las obligaciones de mi estado, o por la cruz de

las discordias domésticas, o por la cruz de las persecuciones de mis enemigos?... ¡aligérala! — ¿no ves que pierdo la sangre del alma, por las heridas de las pasiones?... ¡cúralas! — ¿no ves que me abraso en sed de felicidad? .. ¡apágala con la esperanza del cielo! — ¿no ves que atormentado por los remordimientos de mi mala vida, temo el instante de la muerte?... ciérrame tú los ojos, que eso será abrirlos para la vida eterna!...

¿Me preguntas quién soy yo para merecer de tí tantos y tan grandes favores?.. ¿Quién soy yo?... ¡Oye a tu verdadero Hijo! — Ese — dice señalándome a mí, y hablándote a tí — ese es el Jesús que concebiste en tus entrañas!... ¡Yo pecador, yo miserable, yo polvo destinado a convertirme en polvo, yo soy tu Jesús! — ¡si él mismo lo dijo!... ¡no, no has olvidado en las alturas del cielo, las palabras que oíste en las alturas del Calvario!... y enjugarás mis lágrimas. y apartarás de mis labios el cáliz de la amargura, y aligerarás mi cruz, y curarás mis heridas, y apagarás mi sed de felicidad, y cerrarás mis ojos en la hora de la muerte; porque yo soy tu Jesús ¿y a tu Jesús puede negarle algo tu amor de madre? ¡Antes me arrancarán el corazón que arrancarme la confianza en tu amorosísimo patrocinio! —

V

Y nosotros, a nuestra vez, ¿cómo hemos de amar a María?—¿Sabéis a qué estamos obligados, en virtud de esas palabras dirigidas por Jesucristo a su Madre—¡ese es tu hijo! ese es el Jesús que concebiste en tus entrañas! ese es yo!... Pues estamos obligados a amar a María, en lo posible, como la amó Jesucristo.—¿Pues qué? tendremos cara para decir a María, implorando su patrocinio—¡óyeme, porque yo soy el Jesús que concebiste en tus entrañas! - si María puede respondernos—¡mientes! ¿acaso me amas, como me amó el Jesús que concebí en mis entrañas, con todo el amor de su Corazón Divino?—¡Y ay! cuánta verdad es que María puede respondernos eso! ¿Acaso sus purísimos ojos pueden reconocer el Corazón de su Jesús, en estos nuestros corazones llenos de escondrijos, donde hila sus telas de araña el gusano de la soberbia, pudre la sangre el virus de la envidia, metaliza las fibras el egoísmo de la codicia, forja sus rayos la tempestad de la ira, amontona su estiércol la bestia inmunda de la lujuria?...—¡No, no eres mi Jesús, el que concebí en mis entrañas!—nos dirá María—porque a mi Jesús le conozco yo por el Corazón; y ese tu corazón no es como el suyo!... ¡qué ha de ser como el suyo, si el Corazón de este Jesús es

tierra donde se encarna el fuego del amor divino, y ese tu corazón es tierra, donde se encarna el fuego de las pasiones?...

¿Qué hemos, pues, de hacer para que María reconozca en cada uno de nosotros al Jesús que concibió en sus entrañas?... ¿Sabéis por qué María, luego que oyó decir a Jesucristo—¡ese es tu hijo!—se dijo a sí misma, mirando amorosamente al discípulo amado:—¡Sí; éste es mi Jesús; le reconozco! éste es mi verdadero hijo y yo soy su verdadera Madre.—Escuchad la razón, según la expone un intérprete de la Escritura tan sabio como piadoso. —El amor de Jesucristo a María, como que se trasegó, por virtud de la gracia, desde el Corazón Divino al corazón del Evangelista; por manera que ya no había allí dos amores distintos a María, el amor de Jesucristo, y el amor del Evangelista; sino *unicae pietatis concors affectus*—un afecto concorde de un único amor.—¿Y eso cómo pudo ser?—¿Pues no reparáis en una palabra clave de este inefable misterio?... *Concors affectus!*—¡Afecto *concorde!*—Porque ¿qué significa la palabra *concorde* sino, *corazón con corazón*—es decir, dos corazones tan unidos entre sí, que se refunden en un solo corazón, como, al calor del fuego, dos pedazos de cera se funden en un solo pedazo?—El Corazón de Jesucristo y el corazón del Evangelista se unieron, por virtud de la gracia, para formar un solo cora-

zón, el Corazón de Jesucristo; y como ya no había allí dos distintos corazones, sino un solo corazón en dos pechos distintos; tampoco había allí dos distintos amores a María, sino un único amor, el amor de Jesucristo como trasplantado, desde su pecho divino al pecho del Evangelista.—Y María, que, según hemos dicho, conoce a su Jesús por el Corazón, viendo el corazón del Evangelista transformado en el Corazón de Jesús, se dice a sí misma:—Sí; éste es mi Jesús le reconozco; éste es mi verdadero hijo, y yo soy su verdadera Madre!—

VI

Pero ¿cómo nuestros corazones han de transformarse en el Corazón de Jesucristo, para que María nos reconozca por hijos?... También lo habéis oído ya; por virtud de la gracia.—¿Pues qué? no hemos demostrado que cada uno de nosotros, si está en gracia, puede apropiarse aquellas magníficas palabras de S. Pablo:—¡ya no soy yo quien vive; sino Cristo vive en mí! -¿Y sabéis qué consecuencia deduce de estas palabras S. Juan Crisóstomo?... ¿Jesucristo es la vida de Pablo?... *Cor igitur Christi, cor Pauli!* -¡Luego en el pecho de Pablo ya no vive el corazón de Pablo, sino el Corazón de Jesucristo! —Porque ¿qué es el corazón sino el principio de la vida?--Luego si la vida de Pablo es Jesucristo, el

Corazón de Jesucristo vive en el pecho de Pablo... —Estás en gracia?... ¡A tí se refieren también estas palabras!... ¡En tu pecho vive el Corazón de Jesucristo!... ¡María te mira con ojos amorosos, diciendo: —¡Sí; éste es mi Jesús, le reconozco; éste es mi verdadero hijo; y yo soy su verdadera Madre!—

¿Y qué queremos decir con estas palabras—¡el Corazón de Jesucristo tiene en mi pecho! acaso que nuestros corazones se transforman *materialmente* en el Corazón de Jesucristo?—No.—¿Qué simboliza naturalmente el corazón?—El amor.—¿Y qué ama Jesucristo?—Ama a Dios su Padre, ama a los hombres sus hermanos.—Luego si yo amo a Dios como a Padre y a los hombres como a hermanos ¿qué resulta sino que mi amor y el amor de Jesucristo se unen *moralmente* en los mismos objetos amados, como se unen dos líneas, que van a parar a un mismo punto?—Y como el corazón es el símbolo natural del amor, si mi amor y el amor de Jesucristo son *moralmente* una misma cosa, una misma cosa *moralmente* son también mi corazón y el Corazón de Jesucristo —

Y reparad que amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, es como si dijéramos vivir en estado de gracia; porque, aunque la gracia se distingue del amor de caridad, como la raíz del árbol se distingue de las ramas; sin embargo son inseparables, de suerte que no hay gracia

posible sin amor de caridad, ni amor de caridad posible sin gracia.—

¿Quieres, pues, transformar tu corazón en el Corazón de Jesucristo, para que María te reconocca por hijo?—¡Ama a Dios sobre todas las cosas; ama al prójimo como a tí mismo!—Y para que estos dos amores arraiguen en tu corazón, desarraiga todos los otros amores; aplasta el gusano de la soberbia; rompe los dientes de la envidia; ata las manos de la codicia; apaga los rayos de la ira; enfrena a la bestia inmunda de la lujuria.—

Y entonces, cuando, a la hora de la muerte, tu alma llame a las puertas del cielo, María Inmaculada dirá a los Angeles—¡abrídselas de par en par!—¡ese es mi hijo!... ¿no véis su corazón transformado en el Corazón Divino?... ¡ese es el Jesús que concebí en mis entrañas!—Así sea.

SERMÓN CUARTO

CUARTA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?—¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?—San Mateo, 27-46.

—¿Cómo explicar este desamparo tan doloroso que al mansísimo Jesucristo, paciente en medio de los verdugos como la oveja entre los dientes del lobo, le arranca esa humildísima y ternísima y resignadísima queja—Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado? —¿Acaso la Divinidad desamparó a la Humanidad de Jesucristo, por manera, que allí, colgado de la cruz, no quedase sino el hombre, débil, frágil, deleznable, como hecho que estaba del barro de la tierra?—Imposible.—El lazo de unión entre la Divinidad y la Humanidad de Jesucristo, en la persona del Verbo, es indisoluble, por eternidad de eternidades.—El que estaba en la cruz era, a un tiempo, verdadero Dios y verdadero Hombre.—

¿No sabes—dice S. Agustín—que a esa oración de Jesucristo se refieren aquellas misteriosas palabras del rey profeta: —*Oratio mea, in sinu meo convertetur.*—Mi oración brota de mi pecho, y a mi pe-

cho se dirige?—¿Por qué la oración de Jesucristo brota de su pecho? -Porque es pecho de hombre; y propio del hombre es orar.—¿Y por qué se dirige a su pecho?—Porque es pecho de Dios; y a Dios se dirige toda oración.—Oye, pues, la verdad católica.—Esa misma oración tan desconsolada -Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?—sale de Jesucristo en cuanto hombre, se dirige a Jesucristo en cuanto Dios. *Oratio mea in sinu meo convertetur!*—Mi oración brota de mi pecho, y a mi pecho se dirige!—porque Jesucristo, antes de la cruz, y en la cruz, y después de la cruz, es siempre verdadero Dios y verdadero Hombre. -

Pues entonces ¿qué significa ese levantar Jesucristo la cabeza coronada de espinas, rodear por todas partes los ojos bañados en lágrimas, abrir los labios para lanzar una queja, como si se ahogase por la falta de Dios; ni más ni menos que nosotros levantamos la cabeza, y rodeamos los ojos, y abrimos los labios, cuando nos ahogamos por falta de aire?—Si Dios no falta a Jesucristo, sino que está en Jesucristo, unido personalmente a su alma y a su cuerpo, ¿qué significa esa tan angustiosa pregunta—¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?—

Misterio inefable de amor, misterio inefable de misericordia, misterio inefable de justicia son esas palabras.—Entre sus varios sentidos, todos ellos

verdaderos, eligió como el más propio para excitar en nuestras almas el amor a Jesucristo, el sentido indicado en unas palabras sumamente devotas de S. Bernardo.—Antes de exponerle, pidamos los auxilios del cielo, por la intercesión de la Virgen Inmaculada.—

I

Justicia de Dios fué que por la desobediencia de un hombre, todos los hombres vinieran a ser pecadores; pero misericordia de Dios es que por la obediencia de Jesucristo, todos los hombres sean capaces de ser justos.—¿Y por qué, según estas palabras del Apóstol S. Pablo, la desobediencia de Adán a todos nos perjudica, como si cada uno de nosotros hubiera extendido las manos al árbol del paraíso; mientras, por el contrario, la obediencia de Jesucristo a todos nos aprovecha, como si cada uno de nosotros hubiera extendido las manos al árbol de la cruz?—Como la cabeza representa a todos los miembros del cuerpo humano; así Adán representaba a todos los hombres en el paraíso, y a todos les hirió de muerte con su culpa; así Jesucristo representaba a todos los hombres, en el Calvario, y a todos los regeneró a la vida con su sangre. —Ahí tenéis explicado, en lo posible, el misterio de

nuestra caída en Adán, el misterio de nuestra Redención, por Jesucristo. –

Si, pues, Jesucristo y los hombres, en virtud de una unión inefable, forman como un cuerpo *moral,* donde los miembros son los hombres, y la cabeza es Jesucristo, ¿qué hemos de deducir – dice S. Agustín —sino que las palabras de Jesucristo han de entenderse, unas como dichas exclusivamente en nombre propio, otras como dichas exclusivamente en nombre de sus miembros los hombres? – *Loquitur aliquando ex se; loquitur aliquando ex nobis.* – Habla unas veces *ex se,* es decir, de su propia cosecha, de las grandezas que posee en cuanto que es Dios y Hombre verdadero; habla otras veces *ex nobis,* es decir, de la cosecha ajena, de las miserias que hizo suyas, en cuanto que representa como cabeza a los hombres. - ¿Quién de vosotros hallará en mí ni sombra de pecado? – pregunta Jesucristo a los fariseos. — ¡Habla *ex se,* habla en su nombre, habla de su propia cosecha!, porque ¿cómo ha de hablar en nuestro nombre si todos nacemos con el alma atravesada de parte a parte, por el pecado original: y quién más, quién menos, todos agrandamos y enconamos esa primera herida, con nuevas heridas de pecados personales? — ¡El clamoreo de mis pecados aleja de mí la salvación! — dice Jesucristo, por boca del real profeta, razonando con su Padre celestial. — ¡Habla *ex nobis,* habla en nuestro nombre,

habla de la cosecha ajena! porque ¿cómo ha de hablar en nombre propio, si Jesucristo es aquel Cordero *totus et semper inmaculatus* – todo inmaculado y siempre inmaculado, en cuya santidad la calumnia no halló ni la más mínima mancha donde clavar sus saetas?

II

Impuesta esa distinción, a saber que Jesucristo, unas veces habla en nombre propio, otras, habla en nombre de sus miembros los hombres ¿cómo hablaba cuando, desde la cruz, dijo a su Padre –¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparas? Hablaba, en nombre propio, para publicar ante el cielo y la tierra, que si se hallaba indefenso entre las manos de sus enemigos, como el pájaro en las redes de los cazadores, no era ni por falta de poder, ni por iniquidades propias, ni por azares de la fortuna; sino única y exclusivamente por voluntad de su Padre, cuyos amorosísimos decretos obedecía voluntariamente, ofreciéndose como hostia de propiciación por los pecados del mundo.

Pero, como dice S. Bernardo, hablaba también en nombre de sus miembros, movido a compasión, angustiado y como aterrado por la suerte eterna de tantos hombres como ingratos a su amor, rebeldes a su gracia, empedernidos en sus pecados, habían

de ser miembros muertos de su cuerpo, destinados a pudrirse en la sepultura eterna del infierno; por donde decir Jesucristo a su Padre—Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparas?—era como si le dijese—¡Padre, no me desampares en mis miembros los hombres, ni en esta vida con el desamparo de tu gracia, ni en la otra, con el desamparo eterno!—

Porque, decidme, Jesucristo, que amaba a sus miembros los hombres hasta aceptar la muerte para merecerles la vida del cielo, cuando, desde la cruz, tendiendo los ojos de su presciencia, por la sucesión de los siglos, los viese rodar de pecado en pecado, hasta caer en el fondo del abismo eterno para servir de pasto a la rabia de los espíritus infernales ¿qué sentiría sino incomparablemente más compasión, y más angustia, y más terror que sentiría una madre si viese a sus hijos rodar de peña en peña hasta ver hechos un montón informe de carne, en el fondo de un precipicio, para servir de pasto al hambre de las aves de rapiña?—¿Para eso los llevé yo en mis entrañas, y les dí la sangre de mis venas?—diría la madre.—¿Para eso los llevé yo en mi Corazón, y derramé mi sangre, en precio de su rescate?—diría Jesucristo.—

Pero ¿a qué establecer comparaciones, si para medir la compasión y la angustia y el terror de Jesucristo, al ver a los hombres sus miembros precipitarse en la perdición eterna, sería menester me-

dir, por una parte el amor inefable de su Corazón Divino a los hombres, y por otra el horrendo desamparo de los hombres en el infierno?—¿Y quién mide lo inconmensurable!... E inconmensurables son aquel amor y este desamparo. —

III

¡El desamparo eterno del condenado!... ¿cómo declarar el abismo de horror oculto en estas breves palabras?... ¡Alzar eternamente los ojos, a ver, a ver, si, entre la noche cerrada de su desventura, brilla siquiera un rayo de esperanza, por muy lejano, por muy tenue, por muy desvanecido que sea; y no divisar nunca jamás sino sombras de desesperación sucediéndose indefinidamente unas más negras que otras, como en el mar sacudido por los huracanes, se suceden unas más turbias que otras las olas!.. ¡Resecarse el corazón falto de consuelo en medio de indecibles dolores, como se agosta la yerba falta de agua, en medio de abrasados arenales; y saber que nunca jamás ha de refrigerarse con una lágrima de compasión derramada por ojos ajenos, sino que a esta su sempiterna pregunta—¿nadie se compadece de mí?—ha de recibir de su conciencia esta sempiterna respuesta—nadie.—¡Desgarrarse la garganta con un ¡ay! perenne, aullido donde vibran a un tiempo la angustia del dolor, el

frenesí de la desesperación, la rabia de la impotencia, la execración del odio a cuanto hay en el cielo, en la tierra y en el abismo; y entender que ese ¡ay! no ha de hallar nunca jamás un eco de misericordia, sino que ha de perderse en la inmensidad de su desdicha; como los gritos del viajero extraviado en el desierto se pierden en la inmensidad del silencio!... ¡Caer perpetuamente de temor en temor, de tristeza en tristeza, de congoja en congoja, sin hallar nunca jamás una mano amigablemente extendida para detener o para suavizar la caída, ni siquiera fondo donde estrellarse y poner fin con la muerte a ese eterno y doloroso e inaguantable caer!...

¡Ni siquiera fondo donde estrellarse! porque ese desamparo eterno es *mors secunda,* aquella *muerte segunda* descrita por el Apóstol S. Juan, tanto más terrible que esta muerte primera, a cuyo golpe el alma se arranca del cuerpo, cuanto que, siendo como es verdadera e irremediable muerte, es al mismo tiempo verdadera e irremediable vida. - *Expectat mortem!...* - ¡Espera a la muerte el condenado! la espera como se espera la llegada de una persona querida... *et non venit!* ¡y la muerte no viene! - *Quasi effodientes thesaurum!* Espera la muerte, como quien cava en la tierra buscando un tesoro escondido. - ¡Ahí está - se dice incierto entre la esperanza y el recelo, cada vez que la azada tropieza en un obstáculo... y ahonda, ahonda, con manos

temblorosas, con ojos extraviados, con respiración anhelante... ¡ahí está!... ¡es una piedra!... ¡es una raíz!... ¡es un trozo enmohecido de hierro!.. ¡no es el tesoro!... Y a dar, con loco empeño, nuevas azadonadas, a concebir, en el corazón palpitante, nuevas esperanzas... y a llorar, sin enmienda, nuevos desengaños!... ¡Ahí está la muerte! se dice el condenado a cada nuevo dolor, a cada nuevo tormento, a cada nueva amargura — ¡padecer más es imposible! ahí está! eso es ya la muerte!... ¡eso es siempre la vida! .. Eso es el desamparo eterno!... ¡No, no es eso!... Es algo muy por encima de todo eso, algo escondido a los ojos de las criaturas más perspicaces, algo descubierto únicamente a los ojos del Criador. —

Y por eso, por eso, Jesucristo, amando como ama tanto a los hombres, clama, desde la cruz, a su Padre—Dios mío, Dios mío ¿por qué me desamparas en mis miembros los hombres, en esos, que se desprenden de mi cuerpo, para caer en el infierno?... ¡Ay, su amor ciego de puro misericordioso, no sabe, no quiere saber ese terrible *por qué!*— Pero su Padre celestial le responde - ¿Por qué desamparo a esos hombres? - ¡Porque, primero, los hombres te desamparan! — Los hombres desamparan a Jesucristo, y porque desamparan a Jesucristo, caen en el desamparo eterno. —

IV

Escuchadme atentamente, porque váis a asistir a una escena tan terriblemente grandiosa, que ni ha habido, ni habrá otra parecida, hasta el fin de los tiempos, cuando el juez supremo aparezca sobre las nubes para juzgar a los vivos y a los muertos.—Váis a asistir a la proclamación solemne de Jesucristo, como Rey de los hombres, en la plaza pública de Jerusalén.—*Ecce adduco eum foras!*—dice Pilato al pueblo que hervía, como el mar enfurecido—¡aquí os le traigo, para que le veáis!—Y reparad que, según todos los intérpretes de los Evangelios, Pilato, en ese tremendo día, hablaba, sin darse cuenta, como instrumento escogido por Dios, para anunciar al pueblo de Israel las grandezas de su misericordia y los castigos de su justicia.—

¡Ahí está! ya sale nuestro Rey!... Pilato, como heraldo de Dios, va a proclamarle, ante el cielo y la tierra.—Y el Evangelista S. Juan, como para dar fe de esta solemne ceremonia, apunta cuidadosamente, el sitio, el día, hasta la hora, todos los pormenores de aquel acontecimiento prometido por Dios, junto al árbol del paraíso, y esperado, durante tantos siglos, por los hombres, como la tierra sedienta, espera la lluvia del cielo.—Era la víspera de la Pascua, casi las doce del día, y Pilato sacó

fuera a Jesús, y se sentó en su tribunal.—Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas en la cabeza y la caña en la mano y el andrajo de púrpura sobre los hombros. Y Pilato dijo a los Judíos—*Ecce Rex vester!*—¡He aquí a vuestro Rey!...

¡Momento augusto, momento sublime, momento pavoroso, desde el cual empieza a contarse el cumplimiento de aquellas promesas divinas, misterio insondable de misericordia, misterio insondable de justicia!... Dios, por boca de Pilato, habla a los hijos de su pueblo escogido, y les dice solemnemente —*Ecce Rex vester!*—¡He aquí a vuestro Rey!... ¡este es el Cristo que os he prometido!... Y en los sepulcros, se remueven y saltan de gozo los huesos de aquellos patriarcas y de aquellos profetas que vivieron *aspicientes et salutantes*—con los ojos siempre clavados en el porvenir, para descubrir entre sus nubes al Cristo del Señor, y saludarle con aclamaciones de alegría, como los navegantes saludan la luz del faro encendido en la lejana playa.—Y sus sombras discurren, entre la muchedumbre de sus descendientes, como diciéndoles al oído—*Ecce Rex vester!*—¡ese es vuestro Rey! ese es la sonrisa de Dios, figurado en Isaac alegría y risa de la mujer estéril; ese es el Salvador del mundo, figurado en José el Salvador de Egipto; ese es el caudillo escogido para guiar a todos los hombres al cielo, figurado en Moisés escogido para guiar a vuestros pro-

genitores a la tierra prometida; ese es la estrella de Jacob, el Hijo de la Virgen, el león de Judá, el Cordero que quita los pecados del mundo!... Y entretanto, la voz de Pilato, compendiando todos los vaticinios de todos los siglos, retumba por el ámbito de la plaza -*Ecce Rex vester!*-¡He aquí a vuestro Rey!...

Pueblo de Dios ¿qué respondes?... ¿recibes a Jesucristo por Rey y te salvas; o le rechazas, y te condenas?... Y como el aullido de una fiera irritada, brota de entre la muchedumbre un grito unánime -*tolle! crucifige eum!*... ¡Quítale de ahí! ¡crucifícale!... Y Pilato, obedeciendo inconscientemente al impulso divino apoderado de su lengua, replica estas palabras, que silban en el aire, como silba una espada, al saltar repentinamente de la vaina -*Regem vestrum crucifigam?*... ¿A vuestro Rey he de crucificar?... ¿al Cristo prometido por Dios queréis darle muerte?... Y el pueblo, inmoble en su obstinación, como una piedra hundida en el fango, contesta—¡no queremos ese Rey!...

—Y entonces, entre las sombras de los profetas, se levanta Daniel, lúgubre, severo, imponente, como el juez que va a pronunciar una sentencia irrevocable de muerte; y repite en tiempo presente aquellas mismas palabras, que cinco siglos antes oyó decir a un Angel, en tiempo futuro.—¡Cúmplense setenta veces siete años, desde que Jerusalén

fué reedificada! el Cristo de Dios muere a manos de los hombres!... ¡el pueblo que le niega ya no es su pueblo!—...Y Dios aprueba estas terribles palabras, y sobre aquel pueblo que desampara a Jesucristo, deja caer el desamparo como se deja caer el sudario sobre un cadáver...

V

Y decidme, esa pavorosa escena entre Dios y los hombres ¿no se reproduce cada día?—Ahora, como entonces, dice Dios a los hombres—*Ecce Rex vester!*—¡He aquí a vuestro Rey!... Y ahora, como entonces, Jesús se presenta ante nuestros ojos, con la corona de espinas en la cabeza, con la caña hueca en la mano, con el harapo de púrpura sobre los hombros... *Ecce Rex vester!*—¡He aquí a vuestro Rey!... Y esta proclamación del Rey inmortal de los siglos ¿cómo la acogen los impíos? ¿cómo la acogen los cristianos?...

¿Los impíos?... ¿Pues no los oís gritar en libros, en periódicos, en novelas, en comedias, en tribunas, en cátedras, en calles y en plazas—¡no queremos por rey a Jesucristo!... ¡aquí no hay más Dios que el pensamiento libre para delirar! aquí no hay más Dios que la soberbia libre para subir! aquí no hay más Dios que la codicia libre para atesorar! aquí no hay más Dios que la carne libre para relinchar

por los pecados de la lujuria!... ¡Y por eso, por eso, no queremos a ese Rey; porque corta las alas del pensamiento, y aplasta las hinchazones de la soberbia, y lima las garras a la codicia, y crucifica las brutalidades de la carne!—¡Y desamparan a Jesucristo, y le persiguen, y maquinan arrojarle de sus templos, arrojarle de los corazones, arrojarle de la tierra... ¡arrojarle del mismo cielo!

¿Y los cristianos?... ¡Los cristianos!... ¡Ay, quién duda que, entre le muchedumbre arremolinada en la plaza pública de Jerusalén, cuando Pilato dijo- ¡He aquí a vuestro Rey!—había muchos, que por conocer, como testigos, los milagros, la vida y las doctrinas de Jesucristo, respetarían su santidad, admirarían sus enseñanzas y se dolerían de su desventura?... Pero ninguno le amó tanto que tuviese valor para ponerse a su lado, gritando cara a cara a sus enemigos:—¡Ese hombre tan despreciado, tan perseguido, tan desamparado, es mi Maestro!... ¡y yo soy su discípulo!... ¡es mi Rey!... ¡y yo soy su vasallo!... ¡es mi Dios!... ¡y yo soy su esclavo!...—¡Ninguno!...

¿Y ahora?... ¡Ahí está Jesucristo, para muchos loco, para muchos rey de burlas, para muchos blanco de encarnizados odios!... ¿Quién se pone a su lado? cuando suena la carcajada impía, o la amenaza sacrílega, o la blasfemia satánica ¿quién tiene valor para decir, alta la frente —¡ese es mi Maes-

tro!... y yo, discípulo suyo, creo en su doctrina, y me río de la risa estúpida de los impíos!... ¡ese es mi Rey! ¡y yo, vasallo suyo, defiendo su reino, y desprecio las amenazas frenéticas de los sacrílegos!... ¡ese es mi Dios!... y yo, esclavo suyo, bendigo su nombre, y detesto las blasfemias inspiradas por Satanás, a hombres abortos del infierno!... ¿Quién ampara a Jesucristo?... ¡Ay, que es mucho más sencillo preguntar ¿quién, aun entre los mismos cristianos, no desampara a Jesucristo?...

¿Ponerse a su lado?... ¡Pero si es mucho pedir!... ¿no véis que está solo? ¿no véis que es escarnecido como loco por muchedumbres incontables de hombres? ¿no véis...—¡y es lo más terrible!...—no véis que si es escarnecido como loco, es... ¡porque lo parece!... Hoy que todo el mundo se corona de rosas ¿no es locura empeñarse en llevar una corona de espinas? Hoy que todo el mundo se apoya en el hierro de las bayonetas y de los cañones ¿no es locura obstinarse en gobernar a los hombres con una caña? Hoy que todo el mundo aspira a vestirse de seda ¿no es locura hacer gala de envolverse en un andrajo de púrpura?...

Sí; locura sería todo eso, si Jesucristo viniera... ¿a qué?... ¡a ser loco con el mundo!... Pero Jesucristo no viene a ser loco con el mundo, sino a curar de su locura al mundo; viene a domar esa sensualidad coronada de rosas; viene a quebrantar esa

soberbia acorazada con hierro; viene a pisotear esa vanidad envuelta en sedas... Y ahogará esas rosas entre sus espinas, y quebrará ese hierro con su caña; y oscurecerá el brillo de esas sedas con los resplandores de su andrajo teñido en la púrpura de su sangre!...

¡Y por seguir a ese mundo loco, los hombres desamparan a Jesucristo!... ¡Señor, no preguntes ya, desde la cruz, a tu Padre--Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparas en mis miembros los hombres? – ¿Pues no lo ves?... Mira a tu alrededor... ¡estás solo y desamparado de los hombres!... ¡Pues porque los hombres te desamparan, Dios desampara a los hombres con desamparo eterno!... –

VI

Pongámonos al lado de Jesucristo, para que Dios no nos desampare en la hora de la muerte. —Y ponerse al lado de Jesucristo, confesándole nuestro Rey, es ponerse con generosa resolución frente a frente al mundo.—¿Pues qué? no oís a nuestro mismo Rey declarar solemnemente que su reino y el mundo están tan reñidos como la luz y las tinieblas? --¡Mi reino no es de este mundo!... ¿Y qué significan estas palabras? ¿acaso que no existe, en este mundo, un reino?... No; su reino existe en este mundo, y se mete por los ojos, como la luz puesta

en el candelero; y entra por los oídos como el sonido de un clarín de batalla; y puede palparse con las manos, como las piedras sillares de una torre; porque luz que alumbra a toda la tierra, clarín que llama a batallar contra el infierno, torre de santidad que se levanta hasta el cielo es la Iglesia Católica, Apostólica, Romana; y la Iglesia Católica, Apostólica, Romana es el reino de Jesucristo.—El reino de Jesucristo existe en el mundo; pero no es de este mundo; porque su Rey y sus leyes y sus súbditos, aborrecen y rechazan y condenan cuanto ama y abraza y aplaude el mundo, es decir, ese rebaño de hombres enemigos de Dios, idólatras de sí mismos y esclavos de sus concupiscencias.—

Y ese mundo es la soberbia ansiosa de empinarse sobre el pedestal de los honores, para mirar de arriba abajo al montón innominado del vulgo; ese mundo es la sensualidad atenta a cebar los apetitos de la carne, mientras deja morir de hambre al alma; ese mundo es la vanidad, hueca por dentro, adornada por fuera, entretenida en admirar los fuegos artificiales de los aplausos y de las lisonjas; ese mundo es la prudencia humana afanada a todas horas en arbitrar medios para enriquecerse, sin volver nunca los ojos a aquel Dios, cuya providencia viste los lirios del campo y da de comer a los polluelos abandonados en el nido; ese mundo es la envidia ocupada en sembrar a manos llenas murmuraciones,

calumnias, rencores, cizaña infernal donde se ahoga la paz de las familias y de los pueblos; ese mundo es la desvergüenza de ciertas mujeres, lujosa, festejada, aplaudida, piedra de escándalo para las mujeres honradas; porque ser honrada produce poco y cuesta mucho, mientras que ser desvergonzada produce mucho y cuesta tan poco, que todo se reduce a echarse el alma a la espalda, para que no pueda asomarse en los colores de la cara.—

¡Ponerse al lado de Jesucristo es ponerse frente a frente a ese mundo!... Pero decidme ¿qué vale más, la podredumbre de ese mundo coronada de rosas, barnizada con postizos colores, amortajada con sedas, o la caridad de Jesucristo, coronada de espinas, apoyada en una caña, revuelta en un manto de harapos?... ¡No desamparemos, pues, a Jesucristo, sino pongámonos a su lado, a la sombra de su cruz; que eso será vivir bajo las alas de Dios, seguros de no pecar en la tierra, seguros de reinar en el cielo.—Así sea.

SERMÓN QUINTO

QUINTA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

Sitio.—Tengo sed.—S. Juan, 19-28.

—Símbolo misterioso de una sed ardentísima apoderada del Corazón de Jesucristo es, según el perpetuo sentir de la Iglesia, esa sed ardentísima que atormentaba sus fauces; porque Jesucristo, que, como dice el Profeta, había de estar en medio de sus verdugos, como el sordo que no oye, como el mudo que no tiene palabras para su defensa; Jesucristo, cuando habla desde la cruz no es para buscar alivio a sus dolores; sino, como habla el maestro desde la cátedra, para iluminar con la luz de la verdad nuestras inteligencias, e inflamar en el fuego del amor divino nuestros corazones.—Si, pues, Jesucristo dice desde la cruz.—*Sitio!* - ¡tengo sed! indudablemente, luz de verdad y fuego de amor hay en esa palabra.—

¿Y qué puede significar esa sed misteriosa que los sayones, duros como piedras, aumentan con el acre ardor del vinagre? - Entre todos los afectos, a cuyo vaivén el alma se levanta y se hunde, como se levanta y se hunde una barquilla, al vaivén de las

olas; decidme ¿no hay uno capaz de abrasar al alma, como la sed abrasa la lengua? Ese afecto es el deseo.—*Desiderium sitis est animae*—dice San Agustín.—El deseo es la sed del alma.—¿Pues qué? cuando de veras deseamos un bien cualquiera, la salud, el éxito próspero de un negocio, la protección de un poderoso, ¿no es verdad que materialmente sentimos a nuestra alma secarse, jadear, y deshacerse en ansias hasta alcanzar su posesión, ni más ni menos que, según la expresión del profeta, el ciervo sediento no descansa hasta dar con las fuentes de las aguas?—Y si, por cualquier azar de la vida, se nos frustra ese deseo, sin esperanza alguna de remedio, ¿no es también verdad que materialmente sentimos en el alma un amargor ardiente, semejante al dejo del vinagre en las fauces resquemadas por la sed?... *Desiderium sitis est animae!*—¡Sed del alma es el deseo!—

¿Qué será, pues, esa sed misteriosa de Jesucristo sino un deseo apoderado de su Corazón Divino con tanta vehemencia que no pudo menos de estallar en aquella angustiosa palabra—*¡Sitio!*—¡tengo sed!?—¿Y qué deseo es ese?—Esto es lo que hemos de considerar hoy.—Quiera el mismo Jesucristo guiarnos, con la luz de la gracia, para penetrar en el abismo de amor de su Corazón Divino, de donde brota ese deseo; como quiera que todo deseo no es sino una forma del amor.—A este fin, pidamos los

auxilios del cielo, por la intercesión de la Virgen Inmaculada.

I

—¡Ese es el Ungido del Señor prometido por los profetas para salvar al mundo! – dice el Evangelista S. Juan que gritaba la muchedumbre arremolinada alrededor de Jesucristo en el atrio del templo; tan luego como le oyó vocear estas divinas palabras —¡quien tenga sed, venga a mí, y beba! ¡en los corazones de cuantos en mí creyeren, brotarán ríos de agua viva! – Porque, si al Mesías prometido le anunciaban los profetas como *fuente de vida,* cuyos inagotables raudales habían de convertir los páramos de la tierra en vergeles del cielo; la muchedumbre, oyendo a Jesucristo decir de sí mismo—¡yo soy la fuente de vida! – y viéndole confirmar su dicho, con estupendos milagros ¿qué había de hacer sino exclamar—¡ese es el anunciado por los profetas! *hic est Christus!* ¡ese es el Mesías!—

Pues si Jesucristo, por ser como es el Ungido del Señor prometido por los profetas para salvar al mundo, es la *fuente de vida* ¿por qué, desde la cruz, rompe su paciente silencio, para decir esta palabra de angustiosa súplica—*sitio!*—¡tengo sed!... ¿No véis una contradicción evidente entre aquel clamar en el atrio del templo, y este clamar en la cruz?...

Allí, en el atrio del templo—¡quien tenga sed, venga a mí y beba!... ¿Y por qué? ¡Porque yo soy la fuente de vida!... Aquí en la cruz... ¡tengo sed!... ¿Y por qué?... ¡Porque mi fortaleza está más seca que el barro entre el fuego del horno!... ¿Seca como el barro entre el fuego del horno la fuente de vida!... No hay contradicción entre unas y otras palabras; sino una lucha entre el amor divino y la ingratitud humana.—

¿Cómo es Jesucristo fuente de vida?... Por muchas y admirables maneras; pero principalmente, y más a nuestro propósito, en cuanto que, derramando su preciosa sangre, nos resucitó de muerte a vida, es decir, nos libró del pecado y nos mereció la gracia; como quiera qué el pecado es verdadera muerte, por cuanto es semilla de morir eternamente en el infierno; y la gracia es verdadera vida, por cuanto es semilla de vivir eternamente en el cielo.

Y ved aquí por qué Jesucristo, en la cruz, es más que nunca *fuente de vida;* puesto que en la cruz es, donde, de hecho, derrama, por las llagas de las manos, de los pies y del costado, esa preciosa sangre, que, desde su primer instante, ofreció a su Padre para rescate de los hombres.—*Fons vitae!*— Ahí, en la cruz, está la fuente de vida!...

¿Y tiene sed?... ¡Pues no ha de tenerla, si esa sed ardentísima no es otra cosa que el amor de su Corazón Divino, abrasado en ansias de ver a los hom-

bres buscar, en esa sangre, el remedio a la muerte del pecado y la resurrección a la vida de la gracia!... *Sitit sitiri!*... ¡Esa divina fuente tiene sed de ser buscada con sed! tiene sed de dar a beber a los hombres en sus raudales de vida! tiene sed de fecundar la tierra de nuestros corazones con frutos suavísimos del cielo!...

II

Y los hombres ¿cómo aplacan esta sed en que se abrasa la fuente de vida?... ¡La ingratitud humana desprecia el amor divino!... ¿Pues qué? ¿no véis a los hombres huir del Calvario, donde mana la fuente de vida, en cuyas aguas la sed del alma plenamente se sacia; y correr desolados, según la frase de un profeta a buscar en Egipto—es decir, en la protección de los ídolos simbolizados por Egipto tierra de idólatras—*aquam turbidam*—agua turbia más propia para irritar que para refrigerar la sed?...

—¡Tengo sed!—es el grito perenne del corazón humano—¡tengo sed de felicidad! dónde hallaré la fuente, en cuyas aguas la apague para siempre!... ¡Venid todos!—dice, desde el Calvario, Jesucristo, mostrando sus llagas—¡tomad mi sangre, y comprad la felicidad del cielo!—¡Venid todos!—gritan, desde el Egipto del mundo, el ídolo de la codicia, el ídolo

de la ambición, el ídolo de la sensualidad—¡aquí, a nuestra sombra, brota, como fuente inagotable, la felicidad de la tierra!... Y ofrecen... ¿pues qué han de ofrecer!... *aquam turbidam!* ¡agua turbia! riquezas enturbiadas con las heces de ganancias ilícitas, honras enturbiadas con las heces de repugnantes intrigas; licencias de la carne enturbiadas con las heces de brutales desvergüenzas!... Y los hombres, puestos a escoger entre la fuente de vida patente en el Calvario, y el agua turbia estancada en el mundo, se arrojan como fieras sedientas al agua turbia, y vuelven las espaldas a la fuente de vida!... Y la fuente de vida se queja diciendo—¡la sed de apagar la sed de los hombres me abrasa el Corazón, como el fuego del horno seca al barro! y los hombres no quieren apagar su sed en mis corrientes!...

¿No ha de quejarse?—¿Pues qué? si desde lo alto de un monte se precipitase una fuente de clarísimas y abundantísimas aguas, sin hallar a su paso, sino muladares que la contaminasen, o montones de polvo que inútilmente la absorbiesen, ¿esa fuente, si fuera capaz de sentir y de quejarse, qué diría? ¡Tengo sed de fecundar semillas, de matizar flores, de sazonar frutos, de regalar las fauces sedientas del hombre, con la frescura de mis aguas!... ¡Yo puedo todo eso!... ¡y no lo hago!... ¿Qué me aprovecha correr desde el monte al llano, si desciendo para tropezar en las inmundicias de los muladares? ¿aca-

so esos montones de polvo estéril agradecerán mi riego, vistiéndose de verdura?... La sangre de Jesucristo, como fuente de vida, se precipita desde lo alto del Calvario sedienta de fecundar nuestros corazones con la semilla de la gracia, sedienta de matizarlos con las flores de las virtudes, sedienta de enriquecerlos con los frutos de las buenas obras, sedienta de saciar su sed con la felicidad del cielo; que todo eso, e infinitamente más que todo eso, lo puede esa preciosa sangre... ¡y no lo hace!... porque tropieza en corazones empedernidos en el pecado, verdaderos muladares de vicios; porque tropieza en corazones muertos por la indiferencia, verdaderos montones de polvo estéril... y la fuente de vida se queja diciendo, tengo sed de mostrar la maravillosa virtud de mi sangre! *quae utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem?* — pero ¿qué me aprovecha correr desde el cielo a la tierra, si desciendo para regar corazones corrompidos, por la podredumbre del pecado?- *numquid, confitebitur pulvis?* ¿acaso esos corazones indiferentes para el bien agradecerán el riego de mi sangre, convirtiéndose de polvo estéril en tierra de bendición?- ¡Y la fuente de vida corre inútilmente, por culpa de los hombres!... Puede limpiarlos de sus pecados... — ¡y no los limpia! puede santificarlos... — ¡y no los santifica! — puede salvarlos... — ¡y no los salva! —

III

Terra, ne operias sanguinem meum!—clama desde la cruz Jesucristo, dirigiéndose a esos hombres ciegos, que, por beber el agua turbia del mundo, miran con indiferencia, o con desprecio a la fuente de vida—¡tierra, no ocultes mi sangre!... ¿Y qué significa esta misteriosa frase? ¿qué es ocultar la tierra la sangre de Jesucristo?... Decidme; tierra que empapada por el agua benéfica del cielo, ni rinde frutos, ni se engalana con flores, si siquiera se alegra con verdores de yerbas campestres; sino que persevera árida, yerma, desolada, esa tierra ¡no oculta el agua, en cuanto que no da ni la más mínima señal de haber recibido su fecundo riego; tanto que parece calumniar al cielo, diciendo con su aridez desconsoladora—si yo soy estéril como si fuese de metal, es porque el cielo es para mí seco, como si fuese de bronce!—Oculta esa tierra la virtud del agua, en cuanto que no la publica ni con abundancia de frutos, ni con perfumes de flores, ni con lozanías de yerbas.—

¿Y qué es el corazón humano sino tierra?—Y corazón humano, que regado con la sangre de Jesucristo, ni se ablande con el arrepentimiento, ni se deshinche con la humildad, ni se caldea con el amor al prójimo, ni se escombra con la pureza; sino que

persevera duro como una roca en sus pecados, henchido como una burbuja por la soberbia, frío como el hielo por el egoísmo, repugnante como un montón de basura por la lujuria; ese corazón ¿no oculta la sangre de Jesucristo, en cuanto que no da ni la más mínima señal de haber recibido sus maravillosas influencias, tanto que parece calumniar al amor encendidísimo de su Corazón Divino, diciendo—¡si yo soy así, corazón seco con sequedades de muerte, es porque hasta mí no llega la fuente de vida!—

¿Que la fuente de vida no llega hasta tí!... ¡O mientes... o te engañas!... ¡Pues qué? en las soledades de tu alma ¿no oyes cómo golpean tu corazón unos pensamientos, que no sabes de dónde vienen; ni más ni menos que, en las soledades de la noche, oyes el golpear de la lluvia en los cristales, pensamientos, unos terribles—¡pero qué breve es la vida! ¡qué cercana está la muerte! ¡qué espantoso debe ser un castigo eterno! otros tristes—¿qué fruto he sacado de mis iniquidades, sino la ruina de la salud, y de la hacienda y de la honra? - otros dulcísimamente amargos—pero ¿por qué seré yo tan malo con Dios, que es tan bueno conmigo?... ¿y pensar que me aguarda en el tribunal de la Penitencia, y me llama, y me convida con su amor?... ¡y yo soy tan ingrato y tan loco que no quiero ir!... ¿Sabes qué son esos pensamientos que golpean tu corazón como gotas de lluvia? Cada uno de esos pensamien-

tos es una gracia que Dios te envía para sacarte del abismo del pecado y levantarte hasta las alturas del cielo.—Y como cada una de esas gracias costó a Jesucristo su sangre; sangre de Jesucristo es cada una de esas gracias, ¡sangre de Jesucristo cayendo sobre tu corazón!... ¡Y decías que hasta tí no llegaba la fuente de vida!—¡Pues no ha de llegar, si tiene sed de tu salvación!... *Terra ne operias sanguinem meum!*—¡Oh corazón de tierra, no ocultes la sangre de Jesucristo, respondiendo a sus gracias o con un impenitente *no quiero,* o con un engañoso *hoy no; mañana*... Hoy te dice *sitio!*—¡tengo sed de tu amor!... ¡Hoy has de aplacar, con tu amorosa sed!... Porque, si hoy no le oyes ¿quién sabe si Dios lanzará sobre tí aquella maldición espantosa—tierra, que ocultas la sangre de Jesucristo, *interficiam eam siti!*—yo la mataré de sed!—¡Ese, ese es el castigo de cuantos se niegan a aplacar la sed de Jesucristo ¡morir de sed!—

Porque, decidme, preferir, como prefieren los mundanos, el agua turbia de las criaturas a Jesucristo verdadera fuente de vida ¿qué es sino morir de sed?... Váis a verlo.—¿Qué buscan los mundanos en el amor de las criaturas? Hartar su sed de felicidad.—Y para que una criatura pueda hartar esa sed de felicidad ¿qué se requiere necesaria e ineludiblemente sino que esa criatura pueda decir al hombre estas palabras—¡ámame sin miedo, que yo no te

faltaré nunca, porque yo soy un bien inagotable, porque yo soy un bien eterno!—Criatura que no pueda decir al hombre estas palabras ¿cómo ha de hartar su sed de felicidad, si el hombre necesariamente debe responderle—¡no, no puedo amarte sin miedo; porque, como mi sed de felicidad es eterna, cuando tú me faltes, ya porque te agotes, ya porque perezcas, moriré eternamente de sed!—¿Y hay criatura, ni existente ni posible, que pueda decir al hombre—¡yo no falto nunca! yo no me agoto! yo soy eterna! yo soy fuente perenne de agua viva!

IV

... Un famosísimo escultor del siglo XVI, a luego de terminar una estatua celebrada todavía como prodigiosa obra de arte, admirado él mismo ante sus apariencias de vida, la golpeó con el cincel, exclamando imperativamente ¡habla!... ¡Y la estatua no habló!... sino que, vibrando con el sonido estridente del mármol golpeado por el hierro, parecía reirse burlonamente del soñador artista, diciéndole —¿Pero estás loco? ¡cómo quieres que hable si soy piedra muerta, con máscara de vida!... ¿Y acaso es menos loco el hombre que pone todo su amor en una criatura? Con el oro de las riquezas, o con el humo irisado de los honores, o con el fango del deleite, amasa estatuas; y engañado por sus apariencias de

vida; engañado, porque la estatua de la riqueza parece reposar en el descanso de la opulencia; engañado, porque la estatua de los honores parece perderse de vista por los aires, en alas del amor propio satisfecho; engañado, porque la estatua del deleite parece sonreir con la sonrisa de la concupiscencia harta de goces, imagina ver encarnada en ellas la felicidad viva, maciza, pronta a extinguir la sed de su corazón; y las golpea impaciente exclamando – ¡habladme! decidme esas palabras indispensables para mi felicidad! decidme – ¡no te faltaremos nunca! somos bienes inagotables! somos bienes eternos!... ¡habladme!... ¡Y las estatúas no hablan!... ¡no dicen al corazón esas palabras que el corazón aguarda! sino que sacudidas frenéticamente por el deseo, suenan *tanquam sonus rei mortuae*, a cosa muerta, porque llevan como entrañado en su propio ser, el gusano de la muerte; suenan a hueco, porque son la oquedad de la nada oculta bajo una corteza de mas o menos deslumbrantes colores, y con ese sonar a cosa muerta, con ese sonar a hueco, parecen responder al hombre – ¿pero estás loco? ¿cómo hemos de decirte que no te faltaremos nunca, si tarde o temprano caeremos roídas por la muerte, como cae un árbol de raíces podridas; si tarde o temprano volveremos a la nada, cuando a esta brillante corteza la resquebraje la mano del tiempo?... ¿darte nosotras la felicidad?... ¡imposi-

ble! Podemos, a lo sumo, engañar tu sed, durante esta vida... pero ¿y después?...

¡Después, *interficiam eam siti!* morir eternamente de sed! después aquel gritar entre las llamas del infierno, pidiendo, como el rico avariento del Evangelio, una gota de la fuente de vida, una sola gota para refrigerar la sed de goces eternos apoderada del alma... ¡y pidiéndola en vano! porque el infierno es la región de la muerte, y a la región de la muerte no llega la fuente de vida!... Ahora, esa fuente de vida está ahí, en la cruz, diciendo a todos los hombres - *sitio!* - tengo sed de hartar eternamente vuestra sed de felicidad! - *venite!* - venid!... Después... esa fuente de vida dirá a cuantos ensordecieron a su llamamiento - ¡no os conozco! - *discedite!* - apartaos de mí eternamente!... Y apartarse eternamente de Jesucristo fuente de vida es morir eternamente de sed...

V

Y ahora, para terminar pregunto—los cristianos ¿cómo alivian la sed de Jesucristo? — Y reparad que entiendo aquí por *cristianos,* almas no sólo creyentes, sino también dadas a la piedad, y hasta verdaderamente fervorosas. - Jesucristo, cuando por boca del real profeta, se queja porque en su sed le dieron a beber vinagre, dice estas desconsoladoras

palabras:—*Sustinui!* Aguardé uno siquiera que a una conmigo se contristase, *et non fuit!* y no le hubo! —¿Y eso cómo puede ser?—pregunta S. Agustín—¿pues qué? ¿no se contristaron con Jesucristo los Apóstoles? ¿no se contristó la Magdalena? ¿no se contristaron las piadosas mujeres, que le salieron al encuentro en la calle de la Amargura?...—¡A una conmigo no hubo quién se contristase!—dice San Agustín que responde Jesucristo; que es como si respondiese—Sí; se contristaron los Apóstoles y la Magdalena y las piadosas mujeres, porque me vieron entregado a mis enemigos, coronado de espinas, clavado en la cruz, rendido voluntariamente al poder de la muerte.—Pero eso no era contristarse a una conmigo; porque yo no me contristaba por eso; antes bien, vehementísimamente deseaba padecer y morir por amor de los hombres.

Pues entonces ¿por qué se contristaba Jesucristo?... Sed de la salvación de las almas era toda su sed.—Luego ¿qué se deduce, sino que tristeza por la perdición de las almas era toda su tristeza?—¡Y en esa tristeza estuvo solo!...—¡Ni uno siquiera hubo que se contristase *ex ea re, qua ego contristabar*—por la verdadera causa, de donde nacía mi tristeza!... *¡Nolite flere super me!* ¡No lloréis sobre mí! llorad sobre las almas perdidas eternamente para mi amor! porque más que las injurias de mis enemigos, más que las punzadas de las espinas, más

que la ignominia de la cruz, más que el mismo golpe de la muerte, me contrista la perdición de las almas!... Y decidme, entre los cristianos no solo creyentes, sino aun piadosos y hasta fervorosos de veras ¿hay muchos que puedan decir a Jesucristo — ¡Señor, a una contigo nos contristamos; porque cuando vemos a tantas almas precipitarse en el infierno, nos consumimos de tristeza!... ¿Muchos?... ¿Qué sé yo?...

VI

Mirad; — ¡qué dañosa fué para el linaje humano la lengua de la serpiente, cuando diciendo a nuestros primeros padres—¡seréis como dioses!—hirió de muerte sus almas y las almas de todos sus descendientes?... ¡Oh si hubiera estado en nuestra mano arrancar esa maldita lengua, para que no destilase su mortal veneno!... ¿Y no sabéis que un periódico impío, sea cual sea, es no una lengua de serpiente, sino tantas lenguas de serpiente cuantos números tira, empleadas con diabólica perseverancia en decir cada día a los hombres—¡seréis como dioses, en cuanto sacudáis el yugo de Dios y de su Iglesia!— Y esas lenguas de serpiente, que pierden tantas almas, arrebatándoles la fe en Jesucristo, la amorosa confianza en la Inmaculada Virgen, el respeto a los sacerdotes, el temor del infierno, la esperanza

del cielo; esas lenguas de serpiente podéis arrancarlas para que no destilen su mortal veneno, podéis arrancarlas cerrando al periódico impío las puertas de vuestras casas, vedando su lectura a vuestros dependientes, sustrayéndole los medios de subsistencia, suscriciones, anuncios, esquelas mortuorias... ¡Podéis arrancar esas lenguas de serpiente y no las arrancáis!... ¡Ay, no os contristáis por la perdición de las almas! no podéis decir a Jesucristo – ¡Señor, yo comparto contigo tu tristeza!...

Ahogar a unos condenados a muerte sepultándolos bajo un diluvio de rosas, en un recinto cerrado ¿no os parece crueldad refinada más que suficiente para acreditar de mónstruo al César Romano inventor de tan ingenioso suplicio?... Pues, decidme, ciertos espectáculos, ciertos teatros, ciertos cinematógrafos, donde, para deslumbrar los ojos, y excitar las fantasías, y despertar las pasiones, se dan la mano la obscenidad disfrazada bajo formas literarias, el esplendor del aparato escénico, las armonías de la música, la desvergüenza artística de infelices mujeres ¿esos espectáculos qué son sino un diluvio de rosas, entre cuyo inaguantable perfume, mueren ahogadas las almas, y se pudren y hierven en gusanos de impuros deseos, bajo una mortaja de flores?... ¿Y asistís a esos espectáculos?... ¿y quizá lleváis a ellos a vuestros hijos?... ¿y quizá lleváis a ellos hasta a vuestras hijas?... ¿y reís,

mientras quizá se ahogan, y se pudren y hierven en gusanos sus almas?... ¿y os excusáis diciendo—¡pero si yo no veo esos peligros! ¡si no siento remordimientos de conciencia! ¡si vuelvo a mis ejercicios de piedad, como si tal cosa!... ¿De veras? ¿A que, inmediatamente después de salir de esos espectáculos no os atrevéis a venir aquí, al pie de ese altar y decirle a Jesucristo—¡Señor, aquí estoy para contristarme contigo, por la perdición de las almas!... ¿A que no os atrevéis?...

VII

No tendríais corazón para ver indiferentes a un pobre ciego aventurarse, por sendas escabrosas, a riesgo de caer en un derrumbadero, sino que le gritaríais—¡no vayas por ahí!—y le daríais la mano, hasta ponerle en camino seguro... ¿Y tenéis corazón para ver indiferentes, a tantas almas como se pierden, por pura ignorancia, porque no han aprendido a distinguir entre el camino del cielo y el camino del infierno?... ¡Ay! ¿os habéis parado a pensar alguna vez en la desdichada suerte de muchos niños pobres?... He leído no sé dónde que los hombres, por muy ancianos que sean, no son sino niños vistos a través de una lente de aumento.—Aplicad esa lente de aumento a ese niño pobre criado en mitad del arroyo, porque es huérfano, o tiene padres

tan ocupados en ganarse un pedazo de pan, o tan ndiferentes, o acaso tan impíos, que no se cuidan de educar su alma, ni quizá siquiera de alimentar su cuerpo; a ese niño pobre acostumbrado a manchar sus labios, con el lenguaje soez y blasfemo de los burdeles, precisamente, cuando debieran aprender a llamar *Padre* a Dios, y *Madre* a la Virgen; a ese niño pobre tan refractario a toda ley que instintivamente parece odiar al sacerdote, porque a sus ojos, representa a la ley divina y temer al polizonte, porque, a sus ojos, representa a la ley humana... ¡aplicad la lente de aumento a ese niño!... ¿y qué véis?... Una de dos; o al lobezno convertido en lobo, viviendo del hurto, y quizá manchándose con sangre, hasta caer en la trampa del presidio; o a la bestia de carga afanada en el trabajo material, sin alzar jamás los ojos al cielo, hasta dar con sus huesos en la fosa, ni más ni menos que una res muerta viene a parar en los muladares... Pues si verdaderamente os contristáis con Jesucristo, por la perdición de las almas, ¿por qué no contribuís, según la medida de vuestras facultades, a la incomparable obra de misericordia contenida en estas breves pero sustanciosas palabras—*enseñar al que no sabe?* ¿por qué no ayudáis con vuestra cooperación personal o con vuestras limosnas, a los párrocos, a los maestros, a cuantos o por obligación o por caridad se emplean en enseñar el Catecismo a los niños, en preparar-

los para la primera Comunión, en guiar sus pasos por los caminos de los santos mandamientos?

A cristianos hablo, a almas creyentes y dadas a la piedad y aun verdaderamente fervorosas. Pues yo os aseguro que si os aplicáis con toda la energía de la caridad a impedir la perdición de las almas, por cuantos medios estén a vuestro alcance; Jesucristo os dirá en el día de la cuenta —¡Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está prometido; porque tuve sed de salvar almas, y me disteis de beber, cooperando conmigo a librarlas del infierno y a encaminarlas al cielo.—Así sea.—

SERMÓN SEXTO

SEXTA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

Consummatum est.—Todo está acabado.—S. Juan, 19-30.

—Rey eternal que baja desde las alturas del cielo, para conquistar la tierra, a mayor gloria de su Padre Celestial llama a Jesucristo S. Ignacio de Loyola, inspirándose no sólo en los recuerdos de su espíritu militar vivo siempre en su caballeroso pecho, sino también en la Sagrada Escritura, donde el profeta Isaías describe al Mesías prometido como a un valeroso caudillo armado de todas armas para entrar en batalla contra las potestades infernales. —Rodeóse de justicia como de una coraza; cubrióse la cabeza con el yelmo de salud; vistióse de venganza como de un ropaje, y envolvióse en el celo como en un manto.—

Pues cuando este divino Capitán, próximo ya a la muerte, dice – *Consummatum est!* – ¡todo está acabado! ¿qué quiere significar con estas palabras, sino el cumplimiento perfectísimo de su divina misión sobre la tierra? – Jesucristo, pues, desde el Calvario, campo de batalla, donde, con su preciosa

muerte, quebranta el imperio de Satanás, libra del cautiverio a los hombres, y establece en la tierra su reino, con tan firmes cimientos, que ha de subsistir hasta el fin de los siglos; Jesucristo, se vuelve a su Padre Celestial, y le dice—*Consummatum est!* – ¡Todo está acabado! ¡cumplí tu mandato! ¡triunfé de tus enemigos! ¡restauré la gloria de tu nombre!... ¡corona, pues, a tu Hijo, con el laurel eterno de la victoria!...

Y que éste sea el verdadero sentido de esta divina palabra ¿quién puede dudarlo, si el mismo Jesucristo, momentos antes de encaminarse al Huerto de las Olivas, para empezar la batalla de su Pasión, se dirigió a su Padre, con esta ternísima plegaria - ¡Padre, llegó la hora!... ya te he glorificado sobre la tierra; *opus consummavi!* – ya he acabado la obra que me encomendaste!... ¡glorifica, pues, a tu Hijo!... ¿Qué hizo, pues, Jesucristo desde la cruz, sino resumir esta plegaria en una sola palabra – *Consummatum est!*—¡Todo está acabado!—

¿Y qué obra es esta tan gloriosa para el Padre Celestial, tan provechosa para los hombres, que Jesucristo, a tal de llevarla a cabo, baja del cielo, derrama su sangre, y muere en una cruz? – La respuesta a esta pregunta la hallaremos, explanando el sentido ya indicado de esta palabra – *Consummatum est!* – ¡todo está acabado! – Escuchadme atentamente, y veréis cómo esta palabra es grito de ale-

gría lanzado por Jesucristo para anunciar su victoria al cielo y a la tierra, y llenar de confusión y de espanto a los abismos. —

I

—Terminado que hubo el rey profeta el magnífico tabernáculo, donde colocó el Arca Santa prenda de alianza entre Dios y el pueblo escogido; entonó, para festejar tan venturoso acontecimiento, un sublime cántico, donde celebra la maravillosa eficacia de la voz del Señor, para conmover y renovar y cambiar la tierra. *In consummatione tabernaculi* — es el título de ese salmo—cántico de David, cuando acabó el tabernáculo.—

¿Y qué relación hay entre la creación del tabernáculo y estas alabanzas tributadas a la voz omnipotente del Señor?... Veía David, con espíritu profético, figurada en aquel tabernáculo levantado en un rincón de Palestina, a la Iglesia Católica, tabernáculo eterno, tabernáculo destinado a cobijar bajo su sombra a toda la redondez de la tierra, tabernáculo, donde real y verdaderamente Dios había de morar entre los hombres; y arrebatado de admiración y de gozo, rompe en ese cántico tejido de sublimes imágenes, para enaltecer la voz de Jesucristo, a cuya omnipotente eficacia, se levanta en el Calvario, hermosa, perfecta, inmaculada la Iglesia

Católica, para conmover y renovar y cambiar el mundo. —*Consummatum est!* ¡Acabada está mi obra! —dice Jesucristo, contemplando amorosamente a la Iglesia Católica obra de sus manos—...*In consummatione tabernaculi!*... Palabra es esa, en la que Jesucristo resume su cántico de alegría, al ver acabado aquel su tabernáculo de gloria.—Escuchad cómo -según la grandiosa interpretación de San Agustín—se aplican a esa palabra de Jesucristo todas las magníficas alabanzas dirigidas a la voz del Señor, por el real profeta.

Deus maiestatis intonuit! ¡La voz del Dios de la majestad retumba como el trueno!—El trueno brota de las nubes.—¿Y no oyes la voz de Dios brotar *de nube carnis,* de esa Humanidad Santísima colgada del madero, de esa Humanidad nube oscurecida por las tinieblas de la muerte, pero donde se oculta la majestad divina? —¡Acabada está mi obra!—¡fundada está mi Iglesia!... Y esa voz divina, que brota del pecho de Jesucristo, como de entre una nube, esa voz retumba como el trueno, multiplicándose en ecos, hasta los últimos confines de la tierra; porque ¿qué rincón hay en la tierra, por escondido que sea, donde a la voz de Jesucristo, no respondan como ecos las voces de millares de hombres, diciendo—¡Creo en la Iglesia Católica! .. *Deus maiestatis intonuit!*—¡La voz de Jesucristo, Dios de la majestad, retumba como el trueno!...

II

Vox Domini super aquas multas! ¡La voz del Señor resuena sobre las muchas aguas! – *Aquae multae, populi multi*—dice S. Agustín. Las muchas aguas son los muchos pueblos.—Porque los muchos pueblos gentiles, enturbiados en cuanto al entendimiento por el grosero error de la idolatría, enfangados en cuanto a la voluntad por la corrupción de las costumbres ¿qué eran sino como una avenida de turbias y fangosas aguas extendida sobre la tierra *super montes,* hasta cubrir los montes, es decir, hasta sepultar en el olvido, aquellas verdades inconmovibles como los montes, donde descansa toda nuestra esperanza de salvación, aquellas verdades contenidas en el decálogo, cuyo resumen es amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos?—Pero resuena sobre los muchos pueblos la voz de Jesucristo—¡acabada está mi obra! fundada está mi Iglesia! -y como allá en la creación del mundo, las muchas aguas de los mares huyeron a encerrarse entre los linderos de las playas, para no traspasarlos nunca, y aparecieron los montes en toda su grandiosa mole; así, a la voz de Jesucristo, perpetuada en la predicación de su Iglesia, los muchos pueblos gentiles se encierran voluntariamente entre los linderos de la vida cristiana,

y surgen las verdades necesarias para la salvación, visibles para todos los hombres, aun para los más ignorantes, como es visible desde todas partes la crestería de una gigantesca montaña. – *Vox Domini super aquas multas!* –La voz de Jesucristo resuena sobre los muchos pueblos!—

III

Vox Domini in virtute; vox Domini in magnificentia!—¡La voz del Señor es poderosa para obrar grandiosas maravillas!—Pues decidme si la voz de Jesucristo diciendo desde la cruz—¡acabada está mi obra! *fundada está mi Iglesia!* –no debió ser divinamente poderosa, puesto que obró tan grandiosa maravilla como es dar vida a la Iglesia Católica combatida desde su nacimiento por el oleaje turbio de las herejías, y por el oleaje sangriento de las persecuciones, e inmoble siempre, porque se apoya en la cruz, leño donde se estrella todo el poder del infierno?—¡Sólo la voz de un Dios puede obrar tan grandiosa maravilla!—¡Acabada está mi obra! fundado está mi imperio!—han dicho muchas veces los colosos de la fuerza bruta, los conquistadores famosos, que, con el empuje de las armas han impuesto a la tierra el medroso silencio de la servidumbre. Y hoy ¿dónde están esos imperios?.., Preguntádselo a la historia.—Apenas si lo sé—os responderá—

aguardad a que desentierre de entre el polvo de los siglos los escombros de sus ciudades!—¡Acabada está mi obra! fundada está mi escuela! - han dicho alguna que otra vez los colosos de la fuerza inteligente, los sabios famosos, que guiados únicamente por la luz de la razón han inventado sistemas filosóficos para mejorar la condición moral de los pueblos.—Y hoy ¿dónde están esas escuelas?—Preguntádselo a la historia.—Apenas si lo sé - os responderá!—¡aguardad a que desentierre de entre el polvo de las bibliotecas los restos casi indescifrables de mis libros!—Pero la voz de Jesucristo dice desde la cruz—¡acabada está mi obra! ¡fundada está mi Iglesia!—¿y desde entonces, dónde no está la Iglesia Católica?—Preguntádselo a todos los siglos, y os responderán:—La hemos visto pasar apoyada en la cruz, anunciando a todos los hombres el reino de los cielos, iluminando las inteligencias, purificando las voluntades, perseguida siempre y siempre triunfante, dejando atrás, en su camino, acá y allá las fosas de los herejes y de los tiranos... ¡Y ahí está hoy, como hace veinte siglos, apoyada en la cruz, viva, inmutable, oyendo maldiciones y derramando bendiciones, y seguirá adelante, dejando atrás, en su camino las flores de los herejes y de los tiranos de hoy, para iluminar con la luz de Dios los siglos venideros, hasta llegar al fin de los tiempos... *Vox Domini in virtute! vox Domini in magni-*

ficentia! —¡La voz de Jesucristo es poderosa para obrar gradiosas maravillas.—

IV

¿Y cómo no, si la voz de Jesucristo encarnada en la Iglesia Católica, *per stultitiam crucis,* predicando la locura de la cruz, conmueve y renueva y cambia la tierra, tan maravillosamente que arranca al real profeta estos sublimes loores— *vox Domini confringentis cedros!*—¡la voz del Señor quebranta los cedros! —*vox Domini intercidentis flammam ignis!* —¡la voz del Señor centellea como se hiende y reparte el rayo! —*vox Domini concutientis desertum!* —¡la voz del Señor fecunda las estériles entrañas del desierto! —Porque rendirse a la predicación de doce pescadores, embajadores inverosímiles de un inverosímil rey de burlas muerto ignominiosamente en una cruz, ignorantes ellos según la sabiduría humana, fuertes ellos de puro pacientes, ya que la paciencia es la fortaleza de los débiles; rendirse a la predicación de semejantes hombres, los grandes, los poderosos, los sabios de la tierra, hasta poner a sus plantas, los emperadores su púrpura, los bárbaros su hacha, los filósofos su soberbia; decidme ¿no es quebrantarse los cedros a la voz de Jesucristo?

Pues si el hombre, entregado a las concupiscen-

cias divinizadas por el gentilismo, era un montón de carne, donde el alma, según la enérgica expresión de un filósofo gentil, no tenía otro oficio sino preservar de la podredumbre el cuerpo, como la sal preserva de la podredumbre las reses muertas— ¿qué fué la voz de Jesucristo sino el centellear de un rayo que, hendiéndose y repartiéndose por todo el mundo, purificó al hombre, como dice S. Agustín, en cuanto que por una parte abrasó el heno de su carne, es decir, destruyó sus amores carnales, figurados en el heno, verde a la mañana, y seco a la tarde; y por otra abrasó, en el amor divino, al alma, para que se remontase al cielo, como sube por los aires la humareda perfumada del incienso?—Y aquel montón de carne, que era el hombre, nido donde fermentaban los gusanos de la concupiscencia, desde entonces, por virtud de la palabra de Jesucristo, es el mártir, que entre el silbar de los azotes y el crepitar de las hogueras, y el rugir de los leones, grita— *prius mori quam foedari!*— ¡antes morir que manchar el alma!– ; es la virgen, que ofrece a Dios su cuerpo como un sagrario de azucenas defendido por la mortificación como por un cerco de espinas; es el hombre sacrificado al amor de los prójimos, que, a costa de su hacienda, y aún de su vida, enseña al que no sabe, viste al desnudo, da de comer al hambriento; es la madre de familia, que, vela, como ángel de la guarda, por sus hijos,

alivia al compañero de su vida la carga de las adversidades, ama con entrañas de caridad a sus criados; es la mujer fuerte, que, en los hospitales, en las cárceles y en los asilos, cuida a los enfermos, regenera a los culpables, presta su apoyo a la vejez desvalida, sirve de madre a los huérfanos y a los desamparados.—¡Verdaderamente la voz de Jesucristo fecundó las entrañas estériles del desierto; porque a la tierra, desierto donde, después de la maldición divina, sólo germinaban espinas y abrojos de vicios, la convirtió en vergel floridísimo de virtudes.—

V

In consummatione tabernaculi! Acabado que vió Jesucristo el tabernáculo de su gloria tendido de mar a mar, para amparar bajo su sombra a todas las gentes, exclama regocijado como el vencedor, en el momento mismo de alcanzar la victoria -*Consummatum est!* -¡Acabada está mi obra! fundada está mi Iglesia! - *Benedicet populo suo in pace!*—Y desde la cruz, bendice con bendiciones de paz a su pueblo, al pueblo de los justos, numeroso como las arenas de la playa, a los hijos de la Iglesia Católica redimidos con su preciosa sangre.—Y a su vez, el pueblo de los justos, *dicent gloriam,* responde a las bendiciones de su Dios, entonándole perpetua-

mente, en la tierra y en el cielo, himnos de gloria. —¡Al Cordero inmolado por la salvación de los hombres, vida y honor y alabanza por eternidad de eternidades!—

Y en esta como puja de amor entre Jesucristo y su Iglesia, Jesucristo *revelabit condensa,* descubre las espesuras de las selvas, es decir, pone el sello a sus generosas dádivas, abriendo de par en par *umbracula mysteriorum,* el santuario de los misterios, su Corazón Divino, por cuya herida, *diluvium inhabitare fecit* - derrama sobre su Iglesia como un diluvio de gracias los misterios de su amor, los Sacramentos, fruto preciosísimo de su Redención, aplicación eficacísima de sus méritos, semilla fecundísima de la vida eterna.—*Consummatum est!*—¡Acabada está la obra de Jesucristo!...

VI

Pero si esta palabra es cántico de alegría, que anuncia al cielo y a la tierra la victoria alcanzada por Jesucristo, en la batalla reñida sobre el Calvario, para fundar el reino indestructible de su Iglesia ¿qué será también necesariamente sino trueno y rayo que anuncian a los vencidos, a Satanás, a los judíos, a los pecadores de todos los siglos, la derrota irreparable de su poder sobre la tierra?—

Hora vestra!—¡Esta es vuestra hora! - dijo a sus

enemigos Jesucristo—que fué como decirles—en vuestras manos estoy, para que saciéis en mí vuestros odios; pero ¡ay de vosotros, porque se acabará vuestra hora; y cuando vuestra hora se acabe, empieza la eternidad, donde yo os juzgaré sin misericordia!... ¡Y cuán pronto se verificó esa terrible amenaza de Jesucristo! cuán pronto resonó en los oídos de sus enemigos esa palabra - *Consummatum est!*—¡Todo se acabó! ¡Pasó vuestra hora!...

Herodes escarneció a Jesucristo, estimó necedad su admirable silencio, y le vistió un ropaje blanco símbolo de locura... y luego... luego ese mismo Herodes—dice el Evangelista S. Lucas—se vistió la púrpura regia, se ciñó la corona, y desde su trono al pueblo, escuchando complacido al rebaño de sus aduladores que le gritaba—*Dei voces et non hominis!*—hablas, no como un hombre, sino como un Dios!... *Hora vestra!* esa fué la hora de Herodes! loco, que tuvo a Dios por loco, y a sí mismo se tuvo por Dios! *hora vestra!* su hora fué esa!... Pero, *consummatum est!* ¡Todo se acabó! ¡pasó su hora! —porque, aún saboreaba la sacrílega lisonja, cuando herido por un ángel se desplomó en el suelo, se retorció con las convulsiones de la agonía, y expiró comido de gusanos. ¡Qué cerca estaban el principio y el fin de su hora!... ¡Púrpura, corona, trono, Dios de la tierra!... ¿qué más podía desear Herodes para ser dichoso?... Y bajo la púrpura empezaron a bu-

llir los gusanos; y deslustraron el oro de la corona; los sudores de la agonía y la muerte convirtieron el trono en cadalso!... ¡no era Dios!... ¡era hombre!— *Consummatum est!* — ¡Todo se acabó! ¡pasó su hora!...

Tiempo hay en que los impíos triunfan como Herodes, se imaginan dueños absolutos de sí mismos; dueños absolutos de sus honores, de sus riquezas, de sus placeres; dueños absolutos de su propia vida, como si para conservarla siempre incólume, hubieran hecho un pacto con la muerte; se imaginan, en una palabra, dioses de la tierra.—Ni sólo eso; sino que también, muchas veces, así como Herodes no tuvo para el maravilloso silencio de Jesucristo, sino una carcajada de burla acompañada de este insulto —¡ese hombre es loco!—así los impíos persiguen al justo, y se le muestran unos a otros como objeto de escarnio diciendo—*ecce somniator!*—mirad al soñador!... huella los bienes de la tierra, los bienes sólidos, los bienes seguros ¿y por qué? ¡por llevar los ojos fijos en el cielo, en un poco de aire coloreado de azul por la luz engañosa del sol! .. ¡Ese hombre es loco! ¡sueña que ha de resucitar de entre el polvo del sepulcro, para gozar de dichas fantásticas, por cuya esperanza renuncia a las dichas verdaderas de esta vida!... *occidamus eum!* ¡oprimámosle! persigámosle con burlas y con dicterios como se persigue a los locos! démosle muerte! y enton-

ces, entonces se verá *quid illi prosiut somnia sua*, que le aprovechan sus sueños!... Y como lo dicen, lo hacen; y se lanzan sobre el justo, y con inicuas tramas le arrebatan su hacienda, y le arrojan de los altos puestos sociales, y le niegan los más legítimos derechos, y le abruman con los más inaguantables deberes; y luego, cuando ya le han convertido en una especie de esclavo ataviado con la librea de la locura y del escarnio, repiten entre carcajadas — *ecce somniator!* mirad al soñador! - *confidit in Deo! liberet eum si vult eum!*—¿no confiaba en Dios?... ¡pues que ese Dios, en cuyo amor confía le libre de entre nuestras manos!... *Hora vestra!* ¡esa es la hora de los pecadores!...

VII

Pero ¿a qué envidiar su prosperidad henchida de riquezas, de honores y de placeres, ni a qué temer su ira armada de engaños y de violencias y de muertes; si su hora pasa como el romper de la ola, como el volar del pájaro, como el centellear del relámpago? - Ellos, que ni conocen, ni tienen, ni quieren otra dicha sino reir en la orgía de la vida, ¡qué desdichados son, puesto que sólo con interrumpir un momento sus carcajadas, pueden oir el retumbar de los pasos de la muerte que se acerca para helarles la risa en los labios, diciéndoles esta sola palabra

—*Consummatum est!* Todo se acabó!... ¡Y mueren!... ¡No, no eran dioses los pecadores! eran hombres!... ¡Y pasó su hora! acabáronse el gozar y el reir y el triunfar en el tiempo; y empiezan en la eternidad el consumirse entre indecibles dolores, el llorar entre tardíos remordimientos, el desesperarse entre las tinieblas del desamparo...

Y entonces, *peccator videbit* el pecador abrirá los ojos, y verá.—¿Pues qué? antes no veía?... No; porque era de aquellos ciegos voluntarios que cierran los ojos para no ver los bienes de este mundo, como en realidad son, sino como los forja su capricho en la fragua de su fantasía.—Caedizos como las flores son los bienes de este mundo, ¡y se los imaginaba inmobles como las montañas!... Pequeños como gotas de rocío son los bienes de este mundo ¡y se los imaginaba inmensos como los mares!... Pasajeros como el fosforecer de las luciérnagas son los bienes de este mundo ¡y se los imaginaba lucientes como el resplandor inmutable de las estrellas!... Pero ¡ay! cuando abre los ojos en el infierno ve que todos los bienes de este mundo desaparecen tan luego como la muerte dice *consummatum est!* todo se acabó! pasó tu hora!...

Et irascetur! ¡Y se abrasa en ira!... ¿Contra quién pregunta S. Agustín sino contra sí mismo? Porque ¿a quién sino a sí mismo puede culpar de su desdichada suerte, puesto que voluntariamente cerró los

ojos para no ver que las flores caen, y las gotas de rocío se evaporan, y las luciérnagas apenas si brillan el término de una noche?...

Dentibus suis fremet et tabescet! Y rechina los dientes, y se derrite como la cera en el fuego, no tanto por el ardor de las llamas eternas, cuanto por el ardor de la vergüenza y de la envidia, viendo como ve desde las profundidades de su miseria, a aquel soñador, a aquel loco, a aquel justo blanco de sus escarnios y de sus iras exaltado a las alturas de la gloria. —¡Soñador yo! loco yo! digno de escarnio yo, que, por un momentáneo gozar, merecí un eterno padecer!... ¡Prudente y cuerdo y digno de alabanza el justo, que, por un momentáneo padecer, mereció un eterno gozar!

VIII

Porque también el justo, en la tierra oye los pasos de la muerte que se acerca, pero como oye el prisionero los pasos del amigo que se acerca para abrirle las puertas de la cárcel. También oye a la muerte que le dice al oído—*consummatum est!* todo se acabó! pasó tu hora!— pero ¿qué entiende el justo por estas palabras?—¡Acabóse el padecer! pasó la hora de la prueba! pasó la hora del llanto! pasó la hora de la cruz!... ¡y empieza la eternidad del pre-

mio, la eternidad de la gloria, la eternidad de la corona!

Y cuando entra el justo en el santuario del Señor —como dice el profeta - abre también los ojos y ve y bendice y alaba la maravillosa providencia de Dios tan calumniada por los impíos, tan difícil de entender, a veces, por los mismos justos, cabalmente porque dispone que en esta vida los impíos florezcan con toda clase de bienes y opriman la inocencia de los justos; y los justos se marchiten con toda clase de males y aguanten la tiranía de los impíos.—Dios purifica de sus imperfecciones a los justos, entregándolos indefensos en poder de los impíos, como el artífice purifica el oro arrojándole en fuego alimentado con pajas, dice S. Agustín— *Ardet palea ut aurum purgetur!*.—Y la paja arde para purificar al oro; y el oro purificado se guarda cuidadosamente en las arcas; y la paja vuela por los aires convertida en ceniza... ¿Florecen los impíos y oprimen a los justos?... ¡No los envidiéis!... ¡son la paja que, ardiendo, brilla!... ¿Se marchitan los justos y aguantan a los impíos?... ¡No los compadezcáis!... ¡son el oro que entre el fuego de la paja se purifica!... *Consummatum est!*--Y todo se acabará y pasará la hora de los unos y pasará la hora de los otros y los impíos se disiparán como la paja vuela por los aires convertida en cenizas, y los justos reposarán en el seno de Dios, como se

guarda en las arcas el oro limpio de toda escoria...

Consummatum est!... Palabra, como véis, de dos sentidos, porque puede significar o el *todo se acabó* de la condenación, a el *todo se acabó* de la salvación.—¡En manos del hombre está escoger entre uno y otro sentido!... ¿Desoyes la voz de Jesucristo, que, para salvarte de las garras del demonio, aplicándote los méritos de su preciosa sangre, en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, te llama desde ese altar, como la gallina llama a sus polluelos, cuando en el azul del cielo negrea el milano?—*Consummatum est!* ¡Esa palabra será para tí el *todo se acabó* de la condenación!... ¿Oyes la voz de Jesucristo, y corres a arrojarte en sus brazos, como el hijo pródigo se arrojó en los brazos de su padre, para nunca jamás volver a la región estéril del pecado, donde perecía de hambre, apacentando la piara de sus pasiones?... *Consummatum est!* ¡Esa palabra será para tí el *todo se acabó de la salvación!* - Así sea.

SERMÓN SÉPTIMO

SÉPTIMA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. — Padre, en tus manos pongo mi alma.—S. Lúcas, 23-46.

—Y vió Dios que la creación era buena— dice la Escritura, después de referir cómo al imperio de la palabra divina, salió de la nada el mundo; se disiparon las tinieblas del caos; se encendieron los luminares del cielo; confluyeron los mares en abismos cerrados por linderos infranqueables; empezó la vida su incesante tarea, vistiendo de plantas la tierra, distribuyendo a las aves en los aires, a los peces en las aguas, a todo género de animales fieros y mansos, grandes y pequeños, en los montes y en los campos... Y vió Dios que la creación era buena, *et requievit ab universo opere quod patrarat*— y descansó, en acabando que acabó toda su obra.—

¡Descansó!... palabra verdaderamente misteriosa, cuyo sentido literal no puede ser que Dios buscase en el reposo alivio a la fatiga del trabajo empleado en la fábrica del mundo; porque Dios infinitamente poderoso, con sólo su querer, sacó de la nada a las

criaturas; y como dice el real profeta, —para en algún modo darnos a entender, con imágenes materiales, la divina omnipotencia, hizo el cielo y la tierra con las puntas de los dedos, es decir, con infinita más facilidad que el tejedor urde los hilos de la tela.—

¡Descansó!... palabra es esta, que, a la letra, significa sencillamente que Dios cesó en la obra de la creación, dándola por terminada; pero, figuradamente, puede significar que Dios, en algún tiempo, había de descansar real y verdaderamente, después de haberse real y verdaderamente fatigado en la obra de la Redención tanto más preciosa que la obra de la creación, cuanto que para la creación bastó que Dios quisiese; pero para la Redención fué necesario que Dios muriese en una cruz.—

Porque Jesucristo momentos antes de expirar, contemplando, desde el madero, al hombre redimido del cautiverio del pecado; hecho añicos el poderío del infierno, quebrantado el aguijón de la muerte, aplacada la justicia divina, abiertas las puertas del cielo, renovado el mundo con su preciosa sangre, Jesucristo dice —*Consummatum est!*—¡acabada está mi obra! que es como si dijese—¡buena es la obra de la Redención!—*et requievit!*... ¡y descansa!... Porque, volviéndose a su Padre, le dice—*Pater, in manus tuas commendo spiritum meum!*—¡Padre, en tus manos pongo mi alma!—que es como decir —

¡hora es ya de descansar de mi obra!—recibe mi alma fatigada de tantos dolores como me ha costado cumplir tu mandato de salvar a los hombres! en tus manos la pongo; ahí la hallaré, cuando, con mi divina virtud, quiera recobrarla y unirla otra vez a mi cuerpo!... *Et requievit!*... ¡y descansa!...

Vamos a aplicarnos a nosotros mismos estas divinas palabras de Jesucristo, para grandísimo provecho de nuestras almas.—

I

Trance tan inevitable como terrible es el momento de la muerte, cuando el alma llena de angustia se aferra desesperadamente al cuerpo, como a sostén de su vida en el tiempo; pero, en vano, porque repentinamente el cuerpo cede, como se dobla una caña cascada, y el alma cae en el abismo de la eternidad, negro, insondable, pavoroso...

Y en este formidable caer desde el tiempo a la eternidad ¿no hallará el alma quién la sostenga?... *Quum ceciderit, non collidetur!*—exclamaba el real profeta, viendo al alma del justo desprenderse del cuerpo; como el fruto maduro se desprende del árbol - ¡cae, sí, el alma del justo en la eternidad; pero ¡no temáis por su suerte!... ¡no se lastimará!... ¿Y por qué? - *Quia Dominus supponit manum suam!*— Porque el Señor coloca debajo su mano; y la mano

del Señor, cuando recibe al alma del justo fatigada de su peregrinación, por este valle de lágrimas, es blanda como el lecho mullido por una madre para el hijo de sus entrañas cansado en los caminos de un largo viaje.—

¡Promesa verdaderamente consoladora para los justos!... Cuando el cuerpo se desmorona al embate de las enfermedades, como se desmorona una tapia de barro al embate de las lluvias; cuando el alma, a punto ya de penetrar en las sombras de la eternidad pobladas de terrores, se estremece con las palpitaciones del susto, como el caminante perdido en bosques poblados de fieras, se sobresalta, si, entre las tinieblas de la noche, oye sus aullidos cada vez más cercanos; cuando las personas allegadas al moribundo, carne de su carne y sangre de su sangre, le ven hundirse poco a poco en la sima de la muerte, llenas de compasión, sí, pero de una compasión tan ineficaz, como cuando, desde la orilla del mar, vemos hundirse allá a lo lejos, entre las olas alborotadas, una nave, sin posibilidad humana de prestarle socorro—entonces el Señor extiende la mano para recibir al alma del justo, diciéndole—¡No temas! yo recogeré del sepulcro el barro desparramado de tu cuerpo y te le devolveré convertido en muro de diamante insensible a los golpes de la muerte; yo te llevaré a regiones, donde tus ojos se anegarán en los resplandores de un sol

sin ocaso, porque ese sol soy yo mismo, yo, la luz indeficiente incapaz de eclipses ni de sombras; yo te salvaré del naufragio eterno, guiándote al puerto del eterno descanso!... *Quum ceciderit, non collidetur!* ¡Cae, sí, el alma del justo en la eternidad, pero no se lastima; antes bien, reposa para siempre, porque cae en las manos de Dios su verdadero Padre!—

Y por eso, Jesucristo, puesto ya en el último trance, clama, desde la cruz, con una gran voz, como si quisiera ser oído por todas las generaciones;—*Pater, in manus tuas conmendo spiritum meum!*—¡Padre, en tus manos pongo mi alma!—no para preservarla de correr los azares de la eternidad—que esos ¿cómo había de temerlos, si su alma, desde su primer instante, fué bienaventurada, como unida que estaba indisolublemente a la persona del Verbo?—sino para enseñar a todos los hombres, que las manos de Dios son nuestro único refugio en la hora de la muerte.—

II

¿Queremos tener el alma puesta en las manos de Jesucristo, para asegurar, en ese terrible momento, su salvación eterna?... Pues ya, desde ahora, pongámosla en sus divinas manos, durante esta vida.—¿Y cómo hemos de poner el alma, durante esta vida,

en las manos de Jesucristo?—Yo soy el buen Pastor—dice de sí mismo Jesucristo, en una ternísima parábola; es decir, según la frase original—¡yo soy el buen Pastor por excelencia, aquel buen Pastor enviado por Dios, según los profetas, para guiar a sus ovejas a prados de sempiterna verdura regados por inagotables fuentes; aquel buen Pastor tan solícito que a sus ovejas fatigadas las toma sobre sus hombros; aquel buen Pastor tan amoroso que alimenta a su rebaño, con su propia carne y con su propia sangre.—¡Jesucristo es el buen Pastor!... Pues si somos verdaderas ovejas de este buen Pastor, estaremos seguros en sus manos, a la hora de la muerte.—Desarrollemos brevísimamente dos pensamientos indicados en estas palabras.—

¿Somos, en primer lugar, verdaderas ovejas del buen Pastor?... En nuestra propia conciencia hallaremos la respuesta.—¿Conocemos a Jesucristo? ¿oímos su voz? ¿le seguimos a donde quiera que vaya?... Porque mis ovejas, dice el mismo Jesucristo, me conocen, y oyen mi voz, y me siguen.. ¿Pues no hemos de conocer a Jesucristo?—me diréis—¡sabemos que es el Hijo de Dios, el Rey inmortal de los siglos, el Redentor del mundo!... Más aún; sabemos que está real y verdaderamente, ahí, en ese sagrario!... Y sin embargo, a mí me parece que, junto a ese altar, y señalando a ese sagrario, surge el santo Precursor de Jesucristo, y nos dice, como

en otro tiempo, a las turbas agrupadas a su alrededor, en las riberas del Jordán—*medius vestrum stetit, quem vos nescitis!* ¡en medio de vosotros está aquel, a quien no conocéis!... ¡Ahí está!... ¡y es el Hijo de Dios!... ¿dónde están la fe sincera, la adoración fervorosa, menos aún, la asistencia ante sus altares respetuosa en el porte, en los ademanes, en los trajes, en el silencio? ¿dónde está el cuidado de consagrarle siquiera unos brevísimos instantes cada día, para pedirle luz en las dudas, remedio en las adversidades, fortaleza en las tentaciones, buena fortuna en nuestras empresas?... ¿Consagrar a Jesucristo unos instantes cada día?... *Ut quid perditio haec?* ¿Para qué ese derroche de tiempo, si media hora, cada semana, para cumplir con el precepto de oir Misa es ya prodigalidad que se regatea, carga que, a más no poder, se aguanta, exceso de piedad tan costoso para muchos cristianos de hoy, como como el martirio para los cristianos de los primeros siglos?... ¡Ahí está!... ¡y es el Rey inmortal de los siglos!... ¿dónde están los cortesanos asíduos, los súbditos obedientes, los defensores valerosos y a cara descubierta?... Si al verle tan desamparado, dan ganas de preguntarle, como le preguntó Pilato entre crédulo y desconfiado—*ergo rex es tu?*—pero ¿de veras tú eres Rey!... ¡porque parece mentira!—...¡Ahí está!... ¡y es el Redentor del mundo!... ¿dónde está el tributo de amor y de alabanza que se le

debe por tan incomparable beneficio, si con la frialdad de nuestros corazones, parecemos decirle también como Pilato—*quid fecisti?*... y después de todo ¿qué has hecho por nosotros? ¿subir a la cruz, derramar tu sangre, dar la vida?... —¡Poco, muy poco!... ¡si a cada paso, encontramos en el mundo quien suba a la cruz, y derrame su sangre, y dé la vida por nuestro amor!... ¡En medio de nosotros está aquel a quien no conocemos de veras!

III

Y si no conocemos de veras al buen Pastor, ¿cómo hemos de oir su voz? ¿cómo hemos de seguirle a donde quiera que vaya?—¿Pues qué? no oímos su voz que nos dice—¡por aquí! por donde yo voy por el camino de la mansedumbre, por el camino de la pureza, por el camino de la humildad, por el camino del odio a la vida fútil, y ociosa y estéril del mundo! en una palabra ¡por el camino del Calvario!... ¡Por ahí, no! —gritamos asustados—porque si entramos por ahí, hemos de renunciar al placer de la venganza, bálsamo indispensable para calmar el escozor de la injuria recibida; si entramos por ahí hemos de renunciar al atractivo de ciertos amores indispensables para el corazón como el aire para los pulmones; si entramos por ahí hemos de renunciar al tronar y al relampaguear de la soberbia in-

dispensables para amedrentar a los apocados; si entramos por ahí hemos de renunciar a los fuegos artificiales de la vanidad indispensables para deslumbrar a los necios; en una palabra, si entramos por el camino del Calvario ¿a dónde iremos a parar sino a la cruz?... ¡Y eso es muy duro!... ¡por ahí, no!... Y si ni conocemos al buen Pastor, ni oímos su voz, ni le seguimos a donde quiera que vaya, ¿cómo hemos de ser sus verdaderas ovejas? –

IV

Y sin embargo, en ser sus verdaderas ovejas estriba toda nuestra esperanza de estar seguros en su mano, a la hora de la muerte. – Oid al mismo Jesucristo.— *Non rapiet eas quisquam de manu mea!* —¡A mis ovejas no me las arrebatará de entre mis manos nadie!... Así, ni más ni menos, *¡nadie!*—Y Jesucristo es quien habla; y con ser, como es, la infinita Verdad digno de ser creído por el sólo testimonio de su palabra; así y todo, para alejar de sus ovejas hasta la más ligera sombra de recelo, demuestra, con una razón altísima, el poder de su mano. Oid sus palabras.—El poder, que he recibido de mi Padre, está sobre todo poder. – ¿Y por qué? —Porque mi Padre y yo somos una misma cosa – es decir, por lo mismo que mi Padre y yo no tenemos dos distintas naturalezas, sino una misma naturale-

za divina idéntica en los dos; por eso mismo tampoco tenemos dos poderes distintos, sino un mismo poder idéntico en los dos, el poder infinito propio de la naturaleza divina.—Que es como decir a sus ovejas—¡no temáis¡ ¿quién podrá arrebataros de esta mano, si esta mano, con ser mano de hombre, es también la mano infinitamente poderosa de Dios? —¡Mano de Dios es la mano del buen Pastor!

¿Y quién podrá celebrar dignamente las grandezas de la mano de Dios, así para castigar a los pecadores, como para proteger a los justos?—¡Ay del pueblo de Israel obstinado en desechar la ley del Señor! exclama el profeta Isaías -*extendit manum suam!*--porque la mano del Señor se abrirá para el castigo; y como la lengua del fuego devora las pajas, esa mano convertirá en pavesas, y desparramará como polvo hasta las mismas raíces del árbol de su gloria!—Y como llama el colmenero al enjambre de abejas, esa mano hará señal al pueblo romano, para que vuele a castigar las iniquidades de Israel.—Y acudirá el pueblo romano, numeroso e irritado como las olas de los mares, y lanzará agudísimas flechas; y montará caballos de cascos duros como el pedernal; y se ufanará en carros de guerra, cuyas ruedas voltearán con el ímpetu de la tempestad, y arrojará los cadáveres de los hijos de Israel como basura, en mitad de las plazas. —Y ante la desolación de Jerusalén hasta las entrañas de los

montes se conmoverán de espanto... ¡Así aplasta la mano de Dios al impío!...

Oid ahora al mismo profeta expresar, con no menos sublimes imágenes, cómo la mano de Dios levanta al justo.—¡No temas, aunque parezcas un gusanillo de la tierra; porque la mano de Dios cogerá tu mano; y hará que seas como trillo armado con dentales nuevos de hierro; y a tus enemigos soberbios como montes los triturarás como a mieses recién cortadas y los aventarás como polvo! Tierra árida pareces; pero en tus soledades brotarán ríos, y se abrirán estanques, y nacerán el cedro y el olivo y el arrayán; para que todos vean y sepan, y consideren y entiendan *quia manus Domini fecit hoc*—que semejantes maravillas sólo las hace la mano de Dios... ¡Y esa mano infinitamente poderosa es la mano del buen Pastor! ¿quién, pues, le arrebatará sus ovejas?.. ¡Nadie!...

V

¿Y cuándo ha de mostrar el buen Pastor, el poder infinito de su mano, con tanta eficacia como cuando ve a sus ovejas llegar al postrer momento de su vida, puesto que cabalmente entonces es cuando el lobo infernal las embiste con más furia? —A todas horas rodea el redil de Jesucristo el lobo infernal ganoso de hacer presa en sus ovejas; por-

que decidme si no es cierto que, a todas horas, más cerca o más lejos, oímos sus aullidos, es decir, sus diabólicas sugestiones al pecado; pero, en la hora postrera, redobla sus iras, *sciens quod modicum tempus habet,* porque sabe que ya le resta muy breve tiempo, tan breve, como que de aquel último momento depende o su final victoria, si el alma herida por sus garras cae en el infierno, o su final derrota, si el alma protegida por las manos de Jesucristo, sube al cielo.—¡Un momento, y el alma se salva! ¡un momento, y el alma se condena!...

Ahora, durante la vida, Satanás, para adormecernos en una peligrosa esperanza de nuestra salvación eterna, nos representa nuestras buenas obras como montes desde cuyas alturas casi tocamos al cielo, y nuestras malas obras como granos de arena casi invisibles a los mismos ojos de Dios; pero, en el último instante, para arrastrarnos a una desesperación todavía más peligrosa, nos representará nuestras buenas obras como granos de arena, cuyo peso apenas se dejará sentir en la balanza de la divina justicia, y nuestras malas obras, como montes, que, desplomándose sobre el alma, la hundirán para siempre en el infierno.—

Pero si Jesucristo nos reconoce como a ovejas suyas, allí estará para defendernos contra el lobo. —*Vade, Satana!*—dirá al espíritu infernal—¡aléjate Satanás! esta alma es mía! en mis manos se puso; y

no la arrancará de mi mano nadie! —Y Satanás, que sintió y siente y sentirá eternamente el poder irresistible de esa mano, porque bajo su peso, se derrumbó desde las alturas del cielo, como una exhalación hiende los aires; bajo su peso, se hundió en el infierno, entre cuyas tinieblas se revuelve como una bestia herida encerrada en una jaula; bajo su peso, quedó prisionero en el Calvario, como un lobo cogido en una trampa, perdiendo su poder para encarnizarse en los hombres; Satanás ¿qué hará sino obedecer tembloroso a Jesucristo, confesar humillado su impotencia, y alejarse del alma, diciendo—¡imposible arrastrarla conmigo a la muerte; porque la misma vida la ampara con la sombra de su mano!...

Y Jesucristo se inclinará hacia el alma del moribundo incierta entre el temor y la esperanza, y le dirá suavísimamente —¡no temas el rigor de mi justicia! sino espera en el amor de mi Corazón!... ¡yo soy tu buen Pastor!... Y el alma, confortada, entre las angustias de la muerte, por el soplo de vida de estas palabras, entenderá que está segura en la mano de Jesucristo y prorrumpirá en aquel dulcísimo cántico de esperanza, que entonaba el rey profeta, celebrando la amorosísima providencia de Dios, para con los justos —*Dominus regit me!* ¡El mismo Dios me pastorea! *nihil mihi deerit!* nunca me faltará nada! me recogerá en moradas de abun-

dosos pastos, y me guiará a las aguas del reposo) Me conducirá por senderos de justicia, para gloria de su Nombre.—En medio de las sombras de la muerte, no temeré ningún desastre, *quoniam tu mecum es!* porque tú, oh buen Pastor, estás conmigo, y me sostienes con el cayado de tu cruz!—¡Tu misericordia me ampara! viviré en la casa del Señor, por los siglos de los siglos!...

¡Ay, dichosos nosotros, si en nuestra hora postrera, mereciéramos oir de Jesucristo—¡yo soy tu buen Pastor! estás en mi mano!... porque, entonces ¿a quién temeríamos?... ¿al demonio?... Esa mano le rompe los dientes y le corta las garras.—¿A nuestros propios pecados?... Esa mano los borra de nuestra conciencia, como el agua del mar borra las letras escritas en la arena...—¿A la divina justicia?... Esa mano paga superabundantemente todas nuestras deudas... ¡si para eso se dejó clavar en la cruz!... Si queremos, podemos estar seguros en esa divina mano. Basta querer; porque la gracia no ha de faltarnos nunca.

VI

Pero ¡ay, que quizá no queremos! quizá desoímos la voz del buen Pastor, y dejamos la sombra de su mano, y nos alejamos de su redil, para seguir a pastores mercenarios! Y los pastores mercenarios—

dice el mismo Jesucristo—cuando ven *venientem lupum* acercarse al lobo, huyen, y desamparan, entre sus garras a las ovejas. ¡No, no es así el buen Pastor, sino que, cuando ve venir al lobo, sale a su encuentro; y escuda a su rebaño con su propio cuerpo; y muere en su defensa—*et occisus occidit,* y muriendo mata al lobo, y da la vida a sus ovejas.—

¿Y quiénes son esos pastores mercenarios, en cuyas manos nos creemos a veces más seguros que en las mismas manos de Jesucristo?... ¡Qué manos tan robustas tiene el poderío del dinero! ¿no es verdad?. . ¡capaces de pulverizar montes!... ¿Pues qué? ¿no hemos visto honradeces y enterezas y castidades tan probadas que las estimábamos inconmovibles más que los montes?... Y las cogió el poderío del dinero entre sus manos... ¿y dónde están... ¡Hechas polvo!... ¡holladas por las inmundas plantas del interés, del cohecho, de la impureza!... ¡Qué manos tan poderosas tiene el favor del mundo! ¿no es verdad?... ¡capaces de erigir en dioses a montones de fango!... ¿Pues qué? ¿no hemos visto a hombres tan podridos de vicios, que los estimábamos como montones de fango social encarnado en carne humana?. . Y los coge el favor del mundo entre sus manos... ¿y dónde están?... ¡Hechos dioses!... ¡empinados sobre la cumbre de los honores se dignan recibir las adoraciones de la muchedumbre estúpida, cortesana vilísima de todos los éxitos!... ¡Qué ma-

nos tan suavemente fuertes, y tan fuertemente suaves tiene el halago de los amores! ¿no es verdad?. . ¡capaces de encadenar con flores a leones!... ¿Pues qué? ¿no hemos visto a hombres tan celosos de su libertad, que los estimábamos como leones indomables y rebeldes a todo yugo?... Y los coge el halago de los amores entre sus manos... ¿y dónde están?... ¡Hechos esclavos!... ¡aprisionados entre lazos de flores, siguen a una despreciable mujerzuela, como un triste perro sigue a su dueño!—

El poderío del dinero, el favor del mundo, el halago de los amores; ahí tenéis los pastores mercenarios, cuyas manos preferimos a las manos del buen Pastor Jesucristo; *pastores,* porque guían a los hombres hacia los pastos envenenados del mundo, como a una piara de repugnantes animales; *mercenarios*, porque exigen, en cambio de sus servicios, un precio de valor inestimable, exigen nada menos que renunciemos a la salvación eterna!...

¿Conque tan segura está el alma, entre las manos de esos pastores mercenarios?... ¿más que en las manos del buen Pastor?... ¿De veras?... Llega un momento en que esos pastores mercenarios ven venir al lobo, ven venir a la muerte armada de la guadaña, precedida de las enfermedades, seguida del féretro... ¿y qué hacen? ¿salir a su encuentro para defender al alma?... El poderío del dinero, a lo sumo, promete al moribundo ocultar la podredum-

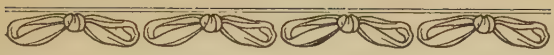
bre de su cuerpo bajo un sepulcro de exquisitos mármoles, y luego... luego se retira para rodear con su aureola dorada la frente de los herederos... El favor del mundo le promete llorar su muerte... con tinta de imprenta, dar su nombre a una calle ¡quizá hasta levantarle una estatua! y luego... luego vuelve las espaldas a aquel sol poniente para saludar a otros soles que se levantan sobre el horizonte... El halago de los amores... ¡ese es mucho más fiel! no se satisface con menos que con prometerle depositar sobre su ataud coronas de flores, ya artificiales, ya naturales, pero, en todo caso, símbolo perfectísimo de su pena; porque, o es una pena de encargo como las flores artificiales, o es una pena verdadera, sí, pero que, como las flores naturales, apenas si dura el término de un día... ¿Y el alma? - Aulla en torno suyo el lobo infernal... ¿quién la guardará de sus garras?... ¿El dinero?... Todo lo puede menos comprar el cielo.— ¿El mundo?... ¿Qué importancia da el mundo a cuanto pasa más allá del sepulcro?—¿El amor?... Sin la bendición de Dios ¿qué sabe del alma el amor, si el amor, sin la bendición de Dios no es más que la atracción brutal de dos masas de carne?--El alma, en la hora de la muerte, solamente está segura en las manos de Jesucristo.—Y para estar en las manos de Jesucristo, a la hora de la muerte, ha de ponerse en las manos de Jesucristo, durante la vida.—

VII

¿Quién me dará alas como de paloma?—decía el profeta David, cuando el temor de la muerte cerraba sobre su corazón y le envolvía en sombras, como la noche cae sobre la tierra—*et volabo, et requiescam!* y volaré y descansaré!... ¿Y a dónde ha de dirigir su vuelo el alma, con alas de paloma, es decir, con las obras de una vida inmaculada, para hallar ese inalterable descanso?... *Veni, columba!*—dice al alma Jesucristo desde la cruz—¡ven, paloma blanca con la blancura de la gracia; ven, *in foraminibus petrae,* y anida en las hendiduras de la piedra!... Y esa piedra es Jesucristo—dice el Apóstol S. Pablo—y las hendiduras de esa piedra son sus llagas. Sí; en las llagas de esas benditas manos, hallaremos el eterno descanso!... Digamos a Jesucristo con S. Ignacio de Loyola—*intra tua vulnera absconde me!*—Señor, escóndeme en tus llagas! ahí aguardaré tranquilo la muerte! porque entonces podré decirte—¡Dios mío, en tus manos he puesto mi alma!... ¡defiéndela!.. ¡tuya es!... Así sea.—

SERMÓN OCTAVO

JESÚS MUERE EN LA CRUZ



Et haec dicens expiravit.—Y Jesús, en diciendo estas palabras, espiró.—S. Lucas, 23-46.

—Después de haber considerado una por una las palabras pronunciadas por Jesucristo desde la cruz como testamento divino de su amor a los hombres ¿qué hemos de hacer, para provecho de nuestras almas, sino contemplar su Cuerpo muerto pendiente del madero, como fruto dulcísimo del árbol de la vida?

¿Y con qué disposición de ánimo hemos de contemplar el Cuerpo muerto de Jesucristo?... ¿Sabéis cómo hacen, en Jerusalén, los fieles el piadosísimo ejercicio del Vía-Crucis?... En cada uno de los parajes santificados por Jesucristo en su dolorosísima Pasión, un sacerdote lee, en los Evangelios, el pasaje correspondiente, sin añadir ni quitar nada al sagrado texto, con una excepción verdaderamente conmovedora.—Porque, ya en el monte Calvario, junto al sitio mismo, donde la cruz se levantaba por los aires, el sacerdote, cuando lee la sencilla frase empleada por los Evangelistas, para referir la

muerte de Jesucristo, añade una sola palabra, una sola, pero tan eficaz, que al oirla, abátense las frentes, llénanse de lágrimas los ojos, y pártense de dolor los corazones.—*Et inclinato capite HIC tradidit spiritum!*—¡E inclinando la cabeza, espiró AQUÍ!—*Hic!*—*¡aquí!*... ¡palabra que resucita el pasado, y le pone como presente ante los ojos!...

Así hemos de contemplar hoy el Cuerpo muerto de Jesucristo; no como si estuviéramos separados del Calvario, por el tiempo y la distancia, sino como si *aquí* viéramos con nuestros propios ojos la cruz, y pendiente de la cruz el Cuerpo de Jesucristo desgarrado por las heridas, bañado en su propia sangre, majestuoso con la majestad terrible de la muerte... *¡Aquí!*... ¡como si le viéramos con nuestros propios ojos!

Y ese Cuerpo muerto ¿qué nos dice, por sus innumerables heridas, como por otras tantas bocas? ¡Dos palabras no más!... *¡temed* y *esperad!*... Temor y esperanza, dos afectos, a primera vista, entre sí contrarios; pero que, en presencia de ese cadáver divino, se sostienen el uno al otro, como dos hermanos, para recorrer el camino del cielo, camino que empieza junto a esa cruz, donde triunfa la muerte, y termina en el seno de Dios, donde reina la vida. ¡Temed y esperad!... ¿Y qué hemos de temer? ¿qué hemos de esperar?... Hemos de temer la infinita justicia de Dios; hemos de esperar en su in-

finita misericordia; porque el Cuerpo muerto de Jesucristo nos dice por todas sus heridas—*justus et misericors!* - ¡Dios es justo! ¡Dios es misericordioso!—

El Cuerpo muerto de Jesucristo declara el odio irreconciliable de la justicia divina contra el pecado.—El Cuerpo muerto de Jesucristo declara la bondad inagotable de la misericordia divina para con los pecadores.—Atended, os lo suplico, al desarrollo de estos dos pensamientos.—

I

- El Cuerpo muerto de Jesucristo declara el odio irreconciliable de la justicia divina contra el pecado... Allá, en el principio de los tiempos, cuando nuestros primeros padres, inocentes todavía con la inocencia da la primera gracia, reinaban en el paraíso como hijos regalados de Dios; el pecado, teniendo como tenía por único asiento el corazón de los ángeles caídos, estaba encadenado con ellos en el infierno.—Pero al grito de rebeldía contra la voluntad divina lanzado por el primer hombre, junto al árbol prohibido; el pecado se dijo - ¡me llaman a la tierra!... y quebrantó sus cadenas, y escaló las paredes del abismo, y puso triunfante el pie en el mundo, y dejó marcada su huella con los abrojos y con las espinas —Y a la zaga del pecado, y como

asiéndose de su mano, subió también, desde el abismo a la tierra, el castigo; subió la muerte.—Por un hombre entró el pecado en el mundo—dice el Apóstol S. Pablo—*et per peccatum mors*—y por el pecado entró la muerte, tan unida al pecado que, según el mismo Apóstol, la muerte tiene al pecado como aguijón, es decir, que así como el escorpión tiene en el aguijón todo su veneno, de suerte que, sin el aguijón, sería inofensivo; así la muerte todo su poder de dañar le recibe del pecado, de suerte que, sin el pecado, jamás hubiera embestido al hombre.—

Y pecado y muerte se lanzan sobre los hombres, en el primer apuntar de la vida, como una tempestad se lanza sobre los trigos por granar, y convierten la tierra, el pecado en un inmenso pudridero de almas, la muerte en un inmenso pudridero de cuerpos; y sobre este pudridero del espíritu y de la materia, pecado y muerte levantan su trono—*Regnavit peccatum, regnavit mors*—dice el Apóstol—y reina el pecado, y reina la muerte; grandiosa imagen para significar el horrendo castigo de la divina justicia irritada contra los hombres.—Porque ¿qué es imaginarnos al pecado y a la muerte, en medio de la tierra, como sobre un trono, viendo desfilar ante su presencia, a todos los hijos de Adán, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios e ignorantes, felices e infelices, niños y ancianos, como desfila, ante los pastores, una manada de reses destinada al ma-

tadero?... Y como se marca a las reses, así, a todos los hombres, sin excepción, el pecado les marca su hierro en el alma, la muerte les marca su hierro en el cuerpo.— ¡Tu alma es mía!—dice el pecado a cada uno de ellos; y a cada uno de ellos dice la muerte—¡tu cuerpo es mío!... ¿Y por qué el cuerpo es propiedad de la muerte, sino porque el alma es propiedad del pecado?—¡El pecado es el aguijón de la muerte! –

II

¡Horrendo castigo del pecado! ¿no es verdad?... Poneos ante la vista de la fantasía hacinados en montones más gigantescos que las más gigantescas cordilleras, cuantos cadáveres se han pudrido y se pudren bajo tierra, desde que cayó sobre la cabeza del primer hombre aquella maldición divina – ¡polvo eres, y te convertirás en polvo!—y preguntad después a la muerte—¿cómo has podido tú sola hacer tan espantoso estrago?... Y la muerte os responderá—¡yo sola no hubiera podido! Si he marcado con mi hierro esos cuerpos, es porque antes el pecado marcó, con su hierro, las almas. Sin el aguijón del pecado ¿qué pudiera yo hacer? ¡Nada!—

Y sin embargo los cadáveres de todos los hombres hacinados en esos gigantescos montones no publican tanto el aborrecimiento de Dios al pecado,

como sólo el cadáver de Jesucristo pendiente de la cruz.—¿Véis esa luz extinguida de los ojos, esa flor marchita de los labios, esa palidez del rostro, ese Corazón parado, esas heridas abiertas, esas ruinas de la vida?... ¡Ese es el cadáver del Hijo de Dios!... ¿Y cómo el Hijo de Dios pudo llegar á ser ese cadáver?... Hizo suyos todos nuestros pecados, no en cuanto a mancharse con la culpa,—que eso es imposible, porque ¿cómo ha de oscurecerse con las sombras de la culpa, Jesucristo blancura infinita de aquella luz eterna resplandeciente sobre los mismos cielos? sino, en cuanto a satisfacer por la pena, recibiendo sobre su cabeza los golpes de la divina justicia debidos a nuestros pecados.—

Y en viendo que vió la muerte a Jesucristo marcado con el hierro del pecado en cuanto a la pena, voló a marcarle también con su hierro, en su divino Cuerpo, diciendo—¡la pena del pecado soy yo! luego si te obligas a satisfacer por la pena del pecado ¡eres mío!... Y marcado que fué Jesucristo por el hierro de la muerte ¿por qué ha de admirarnos que la luz de sus ojos se extinguiese, y la flor de sus labios se marchitase, y su rostro palideciese, y su Corazón se parase, y su Cuerpo se rasgase con innumerables heridas, y su vida se deshiciese en ruinas, como se deshace un montón de barro; si todas esas señales cadavéricas son como las letras impresas por la marca de la muerte, letras, que

forman esta terrible frase del Apóstol S. Pablo—*stipendia peccati!* soldada que el pecado paga a los hombres!... *Regnavit mors!* reina la muerte sobre Jesucristo!... ¡Ay, cuánto aborrece Dios el pecado! dió suelta a la muerte para que embistiese, y derribase y destrozase, entre sus garras, a su Divino Hijo, porque le vió, no manchado con la culpa de pecados propios, sino obligado a pagar la pena de pecados ajenos!...

III

¿Qué estragos no ha hecho en el mundo la muerte, siguiendo, por todas partes al pecado, como la sombra sigue al cuerpo?... La muerte abrió las cataratas del cielo, rompió las fuentes del abismo, y anegó la tierra en las aguas del diluvio, para barrer de su superficie a los hombres entregados a las brutalidades de la carne.—*Regnavit mors!*—Reinó la muerte sobre los pecadores!... La muerte encendió las nubes como fraguas, desparramó el fuego como lluvia, disparó los rayos como saetas, para convertir las cinco ciudades malditas en escombros ennegrecidos, sobre los cuales extendió el Mar Muerto, como una pesada mortaja, que ocultase a los ojos de los hombres aquellas inmundas cenizas de la lujuria.—*Regnavit mors!* ¡Reinó la muerte sobre los pecadores!... ¿Qué más? En el infierno, es

inmortal el pecado, arraigado como está eternamente en las almas inmortales de los réprobos.—Y la muerte, como está donde quiera que esté el pecado; es también inmortal en el infierno, apacentándose eternamente en los cuerpos inmortales de los réprobos, sin consumirlos nunca, antes bien, renovándolos con sus mordeduras, como el pacer de los ganados sirve para que retoñe con más fuerza la yerba de los campos.—*Regnavit mors!* La muerte reina eternamente sobre los pecadores!...

Pero, decidme, ese reinar sobre los pecadores la muerte ¿nos dice tanto, para declararnos el odio de la divina justicia contra el pecado, como el cadáver de Jesucristo, donde se lee escrito—*regnavit mors!* —reina la muerte sobre el Santo de los santos!... ¿Y por qué? ¡Porque el Santo de los santos compareció ante la divina justicia como envuelto en la vestidura manchada de nuestros pecados!... Que los pecadores desfallezcan, y se marchiten, y se deshagan al golpe de la muerte ¿por qué ha de admirarnos, si su fortaleza minada por el pecado es frágil como el barro, si su hermosura manchada por el pecado es efímera como la flor del heno, si la urdimbre de su vida entretejida con el pecado es tenue como la tela roída por la polilla?—Pero que Jesucristo, santo con la santidad misma de Dios (infinitamente más reñida con el pecado que la luz con las tinieblas,) sólo porque tomó sobre sus hom-

bros la carga de nuestros pecados, en cuanto a la pena; siendo como es la misma fortaleza, desfallezca; siendo como es la misma hermosura, se marchite; siendo como es la misma vida, muera; eso es para infundir temor al corazón más entero... ¡Y ahí está, en la cruz, cadáver frío, pero que, por todas sus heridas, dice con un silencio infinitamente más espantoso que el fragor del rayo - ¡temed, cuantos sois pecadores, temed la justicia de Dios; porque, si el árbol verde, con sempiternos verdores de santidad, así cae sacudido por los pecados ajenos ¿cómo caerá el árbol seco roído, hasta en sus mismas entrañas, por los pecados propios?...

IV

Y ese árbol seco roído hasta las entrañas por los pecados propios es cada uno de nosotros... ¿Que no?... Cuando en la tierra de Israel, aparecía en medio del campo el cuerpo de un hombre muerto a mano airada, y se ignoraba quién fuese el matador; mandaba la ley de Moisés que los habitantes de los pueblos vecinos, para alejar de sí toda sospecha de participación en aquel homicidio, acudiesen todos, y extendiendo la diestra sobre el cadáver dijesen — *manus nostrae non effuderunt sanguinem hunc, nec oculi nostri viderunt!* - ¡nuestras manos no han derramado esa sangre, ni nuestros ojos la han visto

derramar!... ¡Ahí está el cadáver de Jesucristo!... ¡ha muerto a mano airada!... ¿quién es el matador?... ¡Acerquémonos a la cruz!... Y ahí, en presencia de la Virgen Madre, nos atreveremos a decir extendiendo la diestra sobre el cadáver de Jesucristo—*manus nostrae non effuderunt sanguinem hunc!*—nuestras manos no han derramado esa sangre!... ¡Pero si no es verdad! si nuestras manos la han derramado! si nos lo está diciendo a gritos la conciencia! si nos lo está diciendo el pavor, que se apodera de nuestras almas, ante ese rostro amarillento, ante esos ojos hundidos, ante esa cabeza inclinada, ante esas heridas sangrientas!... ¡Sí; nuestras manos han derramado esa sangre! ¿Cuándo?... Cuando rompieron aquel mandamiento que dice ¡no blasfemarás, ni tomarás el Nombre de Dios en vano! — cuando arrastraron por el fango aquel mandamiento que dice—no mancharás tu carne con deleites bestiales, ni pondrás los ojos en la mujer de tu prójimo! — cuando vendieron, por un puñado de dinero, aquel mandamiento que dice - ¡no usurparás la hacienda ajena, ni harás más triste el desamparo del huérfano, ni más amarga la soledad de la viuda, ni más pesada la pobreza del pobre! - cuando hicieron añicos, uno por uno, todos los mandamientos de la ley de Dios!... ¡entonces, entonces derramaron nuestras manos esa sangre!... ¡Y nuestros ojos la vieron derramar! porque sabíamos que, pecando, reno-

vábamos, cuanto estaba de nuestra parte, la muerte de Jesucristo ¡lo sabíamos!... ¡lo veíamos muy claro con los ojos del alma!... ¡y pecamos!... ¡nuestros ojos vieron derramar esa sangre!

Pero entonces ¿ese cadáver nos condena?... ¡Ese cadáver nos salva! ¿Por qué? no véis vagar todavía por su rostro aquella expresión de infinita dulzura, con que decía – ¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!... ¡Sabíamos lo que hacíamos! pero nos amaba tanto que dijo que no, que, en algún modo, no lo sabíamos!... Y por eso, por eso el Cuerpo muerto de Jesucristo nos está diciendo, por todas sus heridas ¡esperad! esperad en la misericordia de Dios! – porque ese Cuerpo muerto declara la bondad inefable de la misericordia divina para con los pecadores. –

V

Sicut apes - dice el real profeta - que rodearon nuestros pecados a Jesucristo, como abejas encolerizadas, y se encarnizaron en su Cuerpo, y le cubrieron de heridas; pero, como dice S. Agustín – *fecerunt dulciorem,* al herirle que le herían, le hicieron, sin saberlo, más dulce que un panal de miel; porque de las heridas abiertas por sus cruelísimos aguijones, fluye, más dulce que la miel, la misericordia divina para con los pecadores.—Y por eso,

el cadáver de Jesucristo, lejos de condenarnos nos salva.—

¡Ese cuerpo muerto es nuestra vida!... Absurdo son estas palabras ¿no es verdad? Pero así son las obras de la misericordia divina, otros tantos absurdos, para la menguada sabiduría del hombre.—¡Ese Cuerpo muerto es nuestra vida!—Y aquí no hay ponderaciones piadosas, sino una verdad tan cierta como consoladora.—¿Sabéis qué deben ser los cristianos, según el Apóstol S. Pablo?—*Complantati.*—Ingertos.—¿Y en dónde? En la muerte de Cristo, es decir, en ese cadáver.—*Mortem Christi velut plantam ostendit*—escribe el sapientísimo Orígenes—el Cuerpo muerto de Cristo es, según el Apóstol, como una planta donde hemos de ingertarnos, para beber el jugo de la gracia fecundo en dulcísimos frutos de vida.—Expliquemos brevísimamente este delicado pensamiento.

VI

Y en primer lugar ¿eso cómo puede ser? ¿quién vió nunca plantar ingertos en un árbol seco? ¿y no es como árbol seco un cadáver?... El cadáver de un puro hombre árbol seco es; porque aunque haya descollado en el mundo como árbol gigantesco, por su poder, o por su sabiduría, o por sus riquezas, deja todo el follaje de su gloria a las puertas del

sepulcro. – Pero el cadáver de Jesucristo – dice el mismo Orígenes—es eternamente árbol de la vida, porque bajó al sepulcro, con toda su gloria, es decir, unido indisolublemente a la naturaleza divina en la persona del Verbo. – Y ved aquí porque Jesucristo, precisamente porque murió, dió muerte a la muerte. – La naturaleza divina, que es toda ella, vida esencial, vida infinita, vida indefectible, estaba oculta en el Cuerpo de Jesucristo hecho de barro, como se oculta el anzuelo en el cebo, dice un Santo Padre. – Y la muerte se lanzó a devorar el cebo, se lanzó a triturar el barro destructible de aquel Cuerpo; pero quedó prendida en el anzuelo, *impegit in vitam,* tropezó con la vida indestructible de la naturaleza divina, y se rompió los dientes, y se estrelló, y murió para siempre; porque ni tuvo sobre Jesucristo, ni desde entonces tiene sobre los hombres, sino un dominio pasajero. – Y si el cadáver de Jesucristo, por estar unido a la vida de la naturaleza divina, tenía en sí mismo, no sólo derecho sino también virtud para resucitar a su vida propia, inmortal, impasible y gloriosa ¿qué se deduce evidentemente sino que nosotros, si estamos adheridos como ingertos a ese cadáver, recibiremos derecho, y en algún modo, virtud, para resucitar a una vida también inmortal, también impasible, también gloriosa; puesto que, en algún modo, participaremos de la vida divina unida a ese cadáver,

como los ingertos participan de la vida del árbol? — O en otros términos ¿qué se deduce sino que ese Cuerpo muerto es nuestra vida?...

Y en segundo lugar ¿cómo hemos de ingertarnos en ese Cuerpo muerto?... ¿Creemos a Dios? ¿esperamos en Dios? ¿amamos a Dios sobre todas las cosas?... Unidos estamos como ingertos a Jesucristo; porque el lazo de unión entre Jesucristo y las almas, es la gracia, ser divino, de donde brotan la luz de la fe, las alas de la esperanza, y el fuego del amor de caridad. - Unámonos a Jesucristo, por la gracia, borrando, a este fin, nuestros pecados en el Sacramento de la Penitencia; y entonces seremos ingertos de ese cadáver divino, árbol seco, en la apariencia; pero, en realidad, árbol de la vida, y participaremos primero de su sequedad pasajera y después de un verdor sempiterno, como los ingertos participan de las vicisitudes del árbol.—

VII

Porque el Cuerpo de Jesucristo muerto a la vida temporal, y unido a la vida divina ¿qué es sino figura de los justos en la tierra?... ¿Pues qué? Los justos perseguidos, despreciados y escarnecidos por los impíos, porque defienden los derechos de Dios y de su Iglesia; los justos abrumados de tribulaciones, porque no quieren comprar, al precio del peca-

do, los consuelos transitorios de la prosperidad mundana; los justos entregados a la costosa práctica de buenas obras en favor del prójimo, sin alharacas de filantropía callejera, porque no quieren que la mano izquierda de la vanidad robe su mérito a la mano derecha de la caridad; los justos qué son, sino como árboles secos, desnudos de hojas faltos de hermosura?—Así es—dice S. Agustín—pero están *mortui specie* muertos en la apariencia, *vivi radice,* vivos en la raíz; porque ¿acaso, durante el invierno, no parecen secos aún los árboles más vivaces, orgullo de los bosques, por la espléndida pompa de su follaje?—Arboles secos, con ser eternamente vivideros, parecen los justos, durante el invierno de esta vida, entre las lluvias de constantes adversidades, entre los hielos de injustificados desprecios, entre las borrascas de insensatas persecuciones; pero asoma la primavera eterna, la vida de la gloria, aléjanse las lluvias, fúndense los hielos, apacíguanse las borrascas; y entonces los justos reviven como árboles cubiertos de hojas, vestidos de flores, coronados de frutos. ¿Cómo no, si su raíz estaba *abscondita cum Christo in Deo,* escondida con Jesucristo en Dios, es decir, ingerta en la vida divina de Jesucristo?—

Y si morir el justo es pasar desde el invierno de este mundo a la primavera eterna del cielo ¿qué será su muerte sino lo que fué la muerte de Jesu-

cristo, el triunfo de la vida?... ¿Sabéis qué palabras pronuncia la Iglesia Católica, siempre sublime en sus ritos, cuando da sepultura al cadáver de uno de sus hijos?... Momento lúgubre, momento imponente, momento preñado de sombras negras, como cuando, en el crepúsculo de una tarde tormentosa, se pierde el último rayo de sol entre las nubes. ¡Todo se acabó!... La fosa abierta... allá en el fondo el ataud cerrado... los gusanos aprestándose a su obra de destrucción... Y en ese mismo momento, cuando todo acaba, cuando crispa los nervios ese ruido singular, sin igual entre todos los ruidos del mundo, el ruido de las paletadas de tierra, cayendo sobre el ataud; entonces el sacerdote dice estas palabras de Jesucristo que, en aquel campo de batalla, donde todo pregona la victoria de la muerte sobre la vida, parecen himno triunfal entonado por la vida, para celebrar su victoria sobre la muerte —*ego sum resurrectio et vita!*— ¡yo soy la resurrección y la vida! quien en mí creyere, aunque haya muerto, vivirá eternamente!... Si vivimos unidos a Jesucristo, por la fe, por la esperanza, y por el amor, miremos sin temor y cara a cara a la muerte; porque Jesucristo nos dirá —¡yo soy la resurrección y la vida!... palabras, que serán muerte de nuestra muerte, premio de nuestra fe, corona de nuestra esperanza, y consumación de nuestro amor.—

VIII

¡Y ay, por el contrario, de los que ni creen, ni esperan, ni aman!... ¡ay de esos tales. aunque ahora vivan, y lozaneen y triunfen en la cumbre de las grandezas humanas!... Arboles son, al contrario que los justos, *vivi specie,* vivos en la apariencia, *mortui radice,* muertas en la raíz; porque no beben la vida divina en el costado herido de Jesucristo... ¡Muy altos están! muy altos!... pero—¡yo ví al impío!—dice David con sublimes imágenes—yo ví al impío exaltado como el cedro del Líbano; y en sus ramas anidaban las aves del cielo, y bajo su follaje se guarecían las fieras del campo, y ante su hermosura se pasmaban los hombres, diciéndose unos a otros—¡eterno es! ¿quién podrá contar los años de sus prosperidades?... ¡Yo le ví!... *et transivi*... y pasé... y volví el rostro para verle otra vez... *et non erat!* ¡y ya no era!... y las aves del cielo, que anidaban en sus ramas, volaron; y las fieras del campo, que se guarecían bajo su follaje, se dispersaron; y los hombres pasmados de su repentina caída, se preguntaban unos a otros, ante su tronco calcinado por el rayo—¿y éste es aquél, que era admiración de la tierra?... No envidiemos a los impíos separados de Jesucristo; porque se buscará el sitio que ocuparon en la tierra, y no se hallará ni ras-

tro... Unámonos a ese cadáver divino como ingertos al árbol y viviremos eternamente.

IX

Y por eso fué tan sabio con sabiduría del cielo, aunque pareciere muy necio a la sabiduría del mundo, aquel varón santo José de Arimatea, que audazmente pidió al presidente Pilato *Corpus Jesu!* nada más que el Cuerpo de Jesús! nada más... porque quien tiene el Cuerpo de Jesús ¿qué más puede desear ni en la tierra, ni en el cielo, si ese Cuerpo muerto es sagrario del Verbo Divino, montón de barro donde están escondidos todos los tesoros de Dios, planta capaz de comunicar a sus ingertos sempiterna vida?

Quiero concluir, haciéndoos notar una tierna y misteriosa analogía entre la generosa hazaña de José de Arimatea, y la conducta que en nuestros tiempos hemos de observar los verdaderos cristianos.—Allá, José de Arimatea *audacter,* audàzmente, pidió el Cuerpo de Jesús; que audacia se necesitaba para arriesgar sus riquezas, su prestigio y aun su vida, pidiendo, como dice tiernamente S. Epifanio, *cadaver pauperis illius Jesu* el cadáver de aquel Jesús desvalido, de aquel Jesús calumniado, de aquel Jesús condenado, por el odio de los poderosos del mundo, a morir en una cruz... Y pide el

Cuerpo de Jesús, y le obtiene, y le guarda como su más preciado tesoro...

Aquí, ahora, en nuestros tiempos, hay un Cuerpo de Jesús, que los impíos coronan de espinas, abofetean y clavan en la cruz; un Cuerpo de Jesús que los impíos llaman despreciativamente cadáver destinado a desaparecer entre el polvo de la historia; un Cuerpo de Jesús que los impíos quisieran enterrar hondo, muy hondo, en un sepulcro, de donde nunca jamás saliese; porque, aunque le llaman cadáver, temen, temen que resucite glorioso al tercero día!...

Ese Cuerpo de Jesús es la Iglesia Santa. La Iglesia Santa reconoce y proclama y adora a Jesucristo como a su cabeza; porque de Jesucristo recibe la vida de la gracia, la luz de su doctrina, la eficacia para santificar a los fieles, la inmortalidad militante entre las luchas de la tierra, y la inmortalidad gloriosa en el descanso del cielo. Y Jesucristo reconoce y ama y protege a la Iglesia Santa, como a su Cuerpo místico, de suerte que las pruebas de amor o de odio dadas a la Iglesia Santa las recibe Jesucristo como pruebas de amor o de odio dadas a su propia persona.—¿A quién perseguía Saulo sino a la Iglesia?—pregunta S. Agustín.—Y sin embargo, Jesucristo, cuando le derribó en el suelo para convertirle de Saulo el perseguidor en Pablo el Apóstol, no le dijo—¿por qué persigues a mi Iglesia?—sino—¿por qué me persigues?...

Audacter, audazmente, con esa audacia propia de corazones resueltos a cumplir con su deber, aun a trueque de arrostrar peligros de la hacienda, peligros de la honra, peligros aun de la misma vida, pidamos a los enemigos de Dios *Corpus Jesu!* el Cuerpo de Jesús, la Iglesia Santa! arranquémosle de entre sus manos, y guardémosle, y defendámosle como a nuestro más precioso tesoro!... Mirad que la Iglesia Santa, aunque a los ojos de la impiedad deslumbrados por el odio, parezca un cadáver, es inmortal como su cabeza Jesucristo, y resucitará al tercer día, y se sobrepondrá a las violencias, y a las perfidias, y a las astucias acumuladas por sus enemigos para impedir su resurrección gloriosa. ¡Ya pueden los impíos arrojar sobre la Iglesia la losa del sepulcro!... ¡Romperá esa losa, por muy pesada que sea, como si fuese de frágil vidrio, y se levantará triunfante, espléndida, exuberante de inmortales energías. Y si nosotros la confesamos, y la honramos y la defendemos *audacter,* audazmente, sin respetos humanos, sin miras estrechas ni egoístas, sino con amor desinteresado de hijos; la Iglesia como Madre amorosísima, nos levantará, hasta el cielo, entre sus brazos, para dejarnos en el seno de Dios, donde descansemos por eternidad de eternidades.—Así sea.

A. M. D. G.

ÍNDICE

	Páginas
Primera palabra de Jesús en la cruz	13
Segunda palabra de Jesús en la cruz	25
Tercera palabra de Jesús en la cruz	47
Cuarta palabra de Jesús en la cruz	67
Quinta palabra de Jesús en la cruz	87
Sexta palabra de Jesús en la cruz	109
Séptima palabra de Jesús en la cruz	129
Jesús muere en la cruz	149

2818

9185